

**EL INSTINTO COMO FUERZA CREADORA Y VITAL EN NIETZSCHE Y
FREUD**

EMILIO ANCIZAR JARAMILLO CASTILLO

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

2020

**EL INSTINTO COMO FUERZA CREADORA Y VITAL EN NIETZSCHE Y
FREUD**

EMILIO ANCÍZAR JARAMILLO CASTILLO

Trabajo monográfico presentado como requisito para optar el título de Filósofo

Director: Guillermo Pérez La Rotta

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

2020

Contenido.	pág.
Introducción.....	4
Capítulo I. Los filósofos y sus filosofías	
Capítulo II. Instinto en Nietzsche y Freud	
El instinto en Nietzsche	
2.1 Los instintos Apolíneo y Dionisiaco.....	10
2.2 Voluntad de Poder.....	17
2.3 El instinto como fuerza creadora.....	22
La pulsión en Freud	
2.4 La pulsión y la energía instintiva.....	24
2.5 El instinto y sus características según Freud.....	26
2.6 La teoría de los instintos.....	28
2.7 La represión instintiva.....	34
Capítulo III. Instinto y Cultura en Nietzsche y Freud	
3.1 Instinto y Cultura en Nietzsche.....	43
3.2 Instinto y Cultura en Freud.....	50
Capítulo IV. Acercamientos y Diferencias	
4.1 Observaciones finales.....	59
4.2 Referencias bibliográficas.....	66

INTRODUCCIÓN

En las siguientes páginas se busca interpretar filosóficamente el concepto de instinto tanto en la filosofía vitalista de Nietzsche como en el psicoanálisis freudiano, pues en dichas concepciones se convierte en una pieza fundamental de reflexión. De acuerdo con las postulaciones elaboradas por los autores, el instinto adquiere un carácter de fuerza o energía que resulta vital en el hombre, indispensable para su desarrollo espiritual. Sin embargo, en cada personaje esto tendrá un sentido particular: mientras en Nietzsche se resalta la cualidad estética del instinto como fuerza creadora, en Freud es tratado desde una perspectiva netamente económica.

De este modo, se analizarán las principales obras o escritos correspondientes a los pensadores ya mencionados, a fin de develar sus concepciones sobre el término en cuestión. Lo cual será tratado en los primeros capítulos de la monografía, donde se pretende esclarecer las principales características que definen al instinto. Posteriormente, éste será abordado desde su medio –el espacio social y cultural en el cual se desarrolla–, que para nuestros autores influye drásticamente en la naturaleza instintiva, al transformarla en el proceso por el cual el hombre pasa de lo animal a lo humano, es decir, en cuanto se forja la cultura y la civilización. Finalmente, en un último capítulo se comparan dichas visiones señalando las disparidades y semejanzas por las que además el concepto toma un destino diferente en cada filosofía.

CAPITULO I LOS FILÓSOFOS Y SUS FILOSOFÍAS

En la rama vitalista encontramos a Nietzsche (1844-1900), pensador alemán que construye sus planteamientos basándose en las concepciones del naturalismo romántico francés, con el aporte de Friedrich Schiller, y desde las postulaciones de Charles Darwin en lo que se refiere al instinto. Es considerado un filósofo irracionalista en tanto adscribe la filosofía de la intuición y el instinto a su propuesta en torno al conocimiento. Con ello, busca desenmascarar la superficialidad creada por la apariencia y el engaño del idealismo y la moral, donde se conciben y desarrollan verdades absolutas. Por ello, su método interpretativo, al igual que el de Freud, se basa en una hermenéutica proyectada al infinito, pues ninguna verdad es alcanzable en su totalidad, pues todo signo siempre queda abierto a la interpretación en tanto es producto de ella.

Su pasión por el naturalismo y el evolucionismo forjan su filosofía vitalista, con la cual hace un llamado a la vida y su rescate, en todo caso porque el instinto fue reducido por la tradición idealista a la efectividad de la mentira y el engaño. Un reclamo que lo clasifica entre los filósofos de los valores y de la vida. El vitalismo nietzscheano aborda la vida como el fundamento de lo real. Para Nietzsche, este mundo y lo que ofrece sirve para vivir, todas las cosas de este mundo realimentan la vida de diferentes maneras; ella se entiende desde su valor biológico y emocional, dándole énfasis al cuerpo y los instintos. Estos remarcan la expresión de las vivencias. En su crítica al método de las ciencias naturales resalta el olvido de propiedades como la intencionalidad, la auto-reflexividad, o la capacidad del hombre de crear signos. Lo determinante en ellos es su profundidad oculta.

Por otro lado, cuando Sigmund Freud estudia la profundidad del signo, dirige su mirada oteadora hacia las instancias psíquicas del inconsciente y lo consciente, siendo más determinante dentro del comportamiento humano el inconsciente que lo consciente, juicio que emite desde la terapia psicoanalítica y la observación de sus

pacientes. Para Freud (1856-1939), médico neurólogo de origen judío, no hay actos y sueños sin una causa determinante, oculta en el fondo del sujeto, pero discernible en distintas manifestaciones o actividades humanas, como el sentimiento de culpa, por ejemplo. A esta causa oculta, el padre del psicoanálisis le llama inconsciente, y llega a determinarlo en su búsqueda de un nuevo procedimiento para el diagnóstico de ciertas neurosis. A partir de estos estudios nace el método psicoanalítico, que consiste en poner al descubierto hechos reprimidos por la conciencia debido a ciertas imposiciones culturales, para luego confrontarlos con el paciente.

El fondo filosófico de este asunto se devela cuando el psicoanálisis llega a ser una doctrina relativa a la naturaleza del ser humano, pues lo reprimido, es decir aquello que permanece en el inconsciente, se encuentra en relación con los instintos. Estos son la fuerza motora de los actos psíquicos, por eso la psique humana es el objeto de estudio del psicoanálisis. Freud se adscribe, junto con Nietzsche, a la reflexión sobre la vida, el proceso oculto detrás de cada individuo, de su historia como sujeto y especie; al igual que nuestro primer autor, también aborda sus estudios desde un evolucionismo biológico. Sin embargo en lo referente al tema central, es decir a los instintos, a pesar de su misma raíz darwiniana, cada autor lo configura respecto a la función que le otorga en su filosofía.

De acuerdo con Michael Foucault (2009), *Freud, Nietzsche y Marx*, habrían provocado serias heridas en la tradición del pensamiento occidental. Al volcar la labor interpretativa sobre sí misma, es decir, sobre el intérprete, y estudiar en profundidad las aflicciones humanas, revelaron muchas de sus imperfecciones e hirieron el ego de un pensamiento consolidado en falsas verdades. Sus postulaciones sirvieron de espejo, para revelar imágenes que hasta momento yacían ocultas en el hombre.

CAPÍTULO II INSTINTO EN NIETZSCHE Y FREUD

Para comprender el significado y desarrollo particular del instinto en Nietzsche y la pulsión en Freud, elaborados bajo el marco de la filosofía vitalista y de la teoría psicoanalítica, se debe resaltar que nuestros autores heredan el término “instinto” de la tradición del pensamiento moderno del siglo XIX, particularmente de las ideas de Charles Darwin.

Anterior al naturalista inglés, la inquietud por el alma de los animales suscitó el problema del instinto en el hombre, al confrontar la naturaleza humana con la naturaleza animal, consideradas como dos instancias diferentes desde tiempos de Aristóteles, quien con su jerarquía de las almas sobrepuso el intelecto a los impulsos naturales; tal dicotomía se extendió a través de las principales concepciones del medioevo al acentuar la oposición animal-hombre con la dualidad metafísica entre el alma y el cuerpo, o la razón y la sensibilidad en la filosofía moderna. Georges Louis conde de Buffon, un naturalista francés del siglo XVIII, acuñó el término instinto refiriéndose a éste como a un principio económico propio de los animales: el motor interno de sus acciones. Sin embargo, es con la revolución darwiniana que el concepto toma un viraje decisivo. Los postulados del naturalista inglés desplegaron cuestiones de tipo biológico y psicológico en los pensadores posteriores a él, volcando las miradas sobre el comportamiento de los animales y del animal hombre en particular.

Para el autor del *Origen de las especies*, los instintos resultan indispensables en el desarrollo de cada ser vivo, actúan como un impulso bajo el cual se ejecutan singulares comportamientos, similar al que lleva a ciertos animales a emigrar o cazar determinado tipo de presas, e incluso a volar. Si bien el instinto no se enseña estrictamente, el medio sí lo modifica al intervenir en su crecimiento y desarrollo, obligándolo a adaptarse, o de forma mucho más radical, al domesticarlo, en el caso de especies a las que se impone nuevas costumbres; pero tampoco se adquiere por costumbre; su origen se remonta más

bien a la sutil tendencia de un comportamiento, o al desarrollo de un órgano particular, ambos heredados por las estirpes venideras en su camino a la supervivencia. El origen del instinto es algo espontáneo, muchas veces se manifiesta cuando un animal joven demuestra actitudes, como la de asechar a su presa, mucho antes de ser enseñadas por sus padres; pero dichas habilidades pueden ser modificadas y utilizadas para otros fines, por ejemplo, el de pastorear ovejas, abandonado así el hábito de la caza, ahora el pastorear puede volverse instintivo, incluso el amor de los perros hacia los hombres, como lo señala Darwin en el capítulo VIII de *El Origen de las especies* (1921). El instinto es variable (cambia), incluso en su estado natural, pero cuando un animal es domesticado estas aptitudes mentales se transforman profusamente.

El instinto según el naturalista inglés, sería algo inherente a todos los seres vivos, además de encontrarse sometido a la transformación gradual determinada por la selección natural a lo largo del tiempo, al igual que ocurre con la mente. Darwin contribuyó a la comprensión de la conducta humana, al describir la mente como un conjunto de aptitudes naturales heredadas y expuestas al cambio, y también expresadas en las emociones y sentimientos, tanto de los animales como el hombre. Su influencia sobre las ciencias naturales, según menciona Enrique Ureña (1977 p. 99), permeó la teoría psicoanalítica elaborada por Freud y dedicada al estudio de los fenómenos psíquicos que acompañan los procesos biológicos del organismo; el sentido biologicista en la teoría freudiana estaría señalado en el carácter energético de sus instintos.

Ahora bien, para Nietzsche y Freud el concepto sobrepasa el estrecho significado dado por las ciencias naturales y el discurso de los naturalistas, y llega a ser analizado desde los aspectos culturales, éticos y estéticos de la vida misma. El instinto conservará el valor de impulso, subrayando en él que se trata de un tipo de fuerza o de energía procedente del cuerpo y siempre con miras hacia la obtención de placer. Respecto al uso y apropiación del término en el pensamiento de Nietzsche, se adscribe la formalidad del instinto a partir del naturalismo romántico de la época, donde las pasiones, los deseos y la sensualidad son aspectos naturales al ser humano dada su

condición animal-, ya que representan su intensidad vital, aunque durante un largo tiempo la moral emergente los haya desvalorizado, al punto de considerar que hay una "diabolización de la naturaleza", de la cual se deriva todo organismo vivo. Por otra parte, el instinto adquiere la cualidad significativa de la creación, con la que la vida se renueva y fortalece como voluntad de crecimiento y afirmación, similar a la forma de vida de los nobles o guerreros griegos, enfocados en la construcción de su carácter. En otras palabras, el instinto vendrá a ser una fuerza natural con la capacidad de crear y de extender su potencia en forma de voluntad, además de siempre contraponerse a la primacía de la razón.

Por su parte, el autor del psicoanálisis distinguirá entre la acepción clásica del instinto animal como un comportamiento heredado susceptible al cambio, y se reservará su carácter energético ilustrado en el concepto de pulsión, utilizándolo para referirse exclusivamente al animal-hombre desde dos conceptos: *Instinkt* y *Trieb*, que significarán instinto y pulsión respectivamente. Por otra parte, si bien en el primer caso el instinto resulta equiparable dentro de la teoría freudiana a aquellas formaciones psíquicas heredadas y determinadas a un fin específico, en el segundo se rescata el carácter de la fuerza de *empuje* alusiva a *Trieb*. En tal sentido puede entenderse la pulsión, como una fuerza o energía que aborda al organismo desde el interior motivando el funcionamiento de las actividades psíquicas e impulsando múltiples acciones.

Dado que la teoría freudiana de las pulsiones toma como modelo la sexualidad humana y sus conflictos, una pulsión sería básicamente un impulso de carga libidinosa o sexual con miras hacia la realización, es decir a la descarga placentera de todo ese cúmulo angustiante de energía. Y a diferencia del instinto, que ante un estímulo reacciona de forma específica y bajo una misma meta, la pulsión lo hace de múltiples maneras y tomando diversos caminos, incluso su origen es indeterminado, algo que debe revelarse en la labor psicoanalítica.

EL INSTINTO EN NIETZSCHE

2.1 – Los instintos Apolíneo y Dionisiaco.

Para comenzar, es necesario indagar por la concepción nietzscheana de Instinto, junto con sus implicaciones. El término es abordado como una fuerza creadora derivada de la naturaleza e inserta en cada uno de los objetos y seres del universo, una especie de energía cósmica bajo la cual se ha desarrollado todo lo real y existente. Así pues, el instinto vendría a ser energía que se acrecienta constantemente al igual que lo hace la vida en su desarrollo, y que de la misma manera también tiende a perecer.

Según Assoun, para Nietzsche “hay instintos en todas partes, como para Heráclito había dioses por doquier, al menos allí donde sucede algo importante” (1984, p. 79). Ahora bien, a la actividad conflictiva de estos múltiples instintos se le atribuye la construcción de la realidad; conflictiva, porque están obligados a coexistir en un mismo cuerpo, una unidad de fuerzas que se sostiene debido a la constante pugna entre los mismos. Particularmente, el cuerpo no depende enteramente de las actividades conscientes, es un mundo activo e independiente donde la vida prolifera como la lucha de los instintos por someterse unos a otros.

En su escrito *Nietzsche y la Filosofía*, Guilles Deleuze (1971) nos propone pensar sobre el cuerpo. ¿Qué es en esencia el cuerpo? Como lo presenta la visión nietzscheana, es un producto sorprendente del azar en un juego de fuerzas dominantes y dominadas que lo componen, y de acuerdo a su cantidad estas pueden ser activas (superiores) o reactivas (inferiores). En el hombre, las primeras hacen referencia al campo de toda

actividad inconsciente del cuerpo que tiende a apoderarse y subyugar, mientras que las segundas están vinculadas con la conciencia racional y el pensamiento

En contraposición a la filosofía moderna, Nietzsche afirma la supremacía del cuerpo sobre la conciencia racional y el espíritu, facultades susceptibles al ensayo y al error; su pensamiento revaloriza la actividad automática del cuerpo expresada en los instintos, en su capacidad y su fuerza. En confrontación a la conciencia racional, el “automatismo instintivo” que es inherente a lo vivo, es mucho más preciso y sutil, y está reflejado en la espontaneidad o naturalidad con la cual un ser se desenvuelve en su medio. En el caso de los animales por ejemplo, sin poseer un tipo de razón o conciencia por la cual regularse, actúan de manera deliberada y segura, y ello debido a la inteligencia instintiva de su cuerpo.

De acuerdo con Carlos Martínez (2011), para Nietzsche, el cuerpo es el centro de la actividad vital reflejada en los instintos y su poder de organización y adaptación. Desde ese punto de vista, el instinto podría entenderse como una manera de acumular experiencias o de guardar lo esencial, al ser imposible retenerlo todo en la memoria. El poder de organización corporal se expresa en esta abstracción de lo esencial de la experiencia, que se configura en un tipo de práctica habitual que a su vez le permitirá a un ser desplazarse con naturalidad y proyectar hacia el futuro ciertos sentimientos. El organismo ahorra energías de manera independiente para así poder realizarse posteriormente, debido a que las actividades corporales no funcionan a partir de la nada, por el contrario, es el cuerpo quien acumula energía de vivencias pasadas concentrándolas en el instinto. Aquellos sentimientos de simpatía o antipatía, de agrado o desagrado, de fastidio o gusto frente alguna circunstancia, son indicios de que aquellas unidades de energía se han reunido previamente hasta formar el instinto:

El instinto viene a ser un hábito en el modo de juzgar el mundo circundante de modo inconsciente, que contribuye a reforzar las condiciones de existencia. En otras palabras, es una modalidad de juicio que posee el

cuerpo que le da una propensión a determinada acción (Martínez Becerra, 2011).

Por otro lado, el ideal nietzscheano al que aún no ha llegado el hombre, insiste en que las acciones humanas deben propender por realizarse cada vez más y con mayor facilidad a partir del instinto, su guía natural. Este sería el pilar de todo gran hombre: el moldear su carácter en base a la relación con su naturaleza. En este punto de salud y elevación del organismo, la consciencia es casi innecesaria. Sin embargo, esta no deja de concurrir en la vida humana, siendo algo propio del hombre, fundamental para su conservación dentro de la sociedad, de lo contrario habría perecido.

Bajo la perspectiva de ciertas concepciones idealistas como la de Kant o Hegel, la conciencia racional ocupó una cierta supremacía con relación al cuerpo, figurando como el centro de toda actividad vital. En ese sentido, la actividad corporal fue considerada como una mera consecuencia del ejercicio consciente, algo accionado por este mecanismo racional. Pero bajo la mirada vitalista, la conciencia representa un síntoma de imperfección del organismo, de su incapacidad para adaptarse. Además, su origen es algo accidental, ocurrido debido a ciertas circunstancias externas e internas que obligaron al hombre a abandonar sus viejas guías (los instintos), para aprender a pensar y razonar en el tránsito del animal-hombre a lo humano. La conciencia no surge espontáneamente, como tampoco el espíritu es eterno. La conciencia se origina del cuerpo, como ya se dijo: de su incapacidad para adaptarse a un nuevo medio –en el caso del animal-hombre, la sociedad– quedando expuesto al error, y a la necesidad de contemplarse a sí mismo de una manera reflexiva para así poder corregirse.

Ahora bien, de acuerdo con la noción nietzscheana de cuerpo como una unidad de fuerzas superiores e inferiores, en *El nacimiento de la tragedia*, estas fuerzas activas estarían representadas por el trance dionisiaco que actúa desde el interior del

organismo, buscando exteriorizar su poder y desestabilizar el orden y el equilibrio creados por lo apolíneo –lo figurativo, lo formal– y manifiesto en las creaciones humanas. Así se presenta la dinámica entre los apolíneo y lo dionisiaco.

Si bien Nietzsche concibe una gran variedad de instintos, en el hombre los clasificara de acuerdo a sus tendencias particulares, postulando así una dualidad instintiva íntimamente influenciada por los pensamientos de Schiller, poeta, filósofo y dramaturgo alemán. Desde esta perspectiva existen instintos que inclinan al hombre hacia lo sensible, la realidad; y otros hacia la forma, el pensamiento, lo aparente. El filósofo de Röcken interpreta el significado de estos instintos desde lo Apolíneo y lo Dionisiaco: en primer lugar, como dos principios estéticos que sirven para comprender el desarrollo de la tragedia griega, y en el mismo sentido, también entendidos como dos fuerzas impulsoras de la vida, del desarrollo cultural de esta y de todas las comunidades que debieron enfrentar el dolor de la existencia, para así poder construir un mundo estable en el cual refugiarse.

Apolo y Dionisio son dos de las deidades griegas más importantes de esta cultura, personifican, por un lado, la belleza, la juventud, las artes, por otro, la alegría efusiva de la embriaguez, el vino, la sensualidad. Nietzsche interpreta aquellas figuras míticas, para después postular una antítesis instintiva donde su dinámica refleja la conducta de los seres humanos, la complejidad de la vida misma. En lo apolíneo se representa el lado de la objetividad, todo lo que hace referencia al orden o el equilibrio producidos por el pensamiento, la moral, lo racional, y en las artes lo figurativo, la escultura; por el contrario, lo dionisiaco evoca el caos, la destrucción, la excitación de lo sensible que irrumpe con su fuerza y lleva al hombre fuera de sí mismo y sus certezas. Bajo estas características distintivas nuestro autor hablará de dos tipos de instintos fundamentales –por ser fuerzas artísticas y principios esenciales de la vida–, uno figurativo y el otro sensible. El primero mediante su capacidad objetiva y figurativa, moldea el estado y establece los preceptos morales, políticos o filosóficos bajo los cuales la existencia se

regula (Nietzsche, 2003, p 147); mientras el segundo instinto irrumpe en aquel mundo con su ímpetu orgiástico y destructivo.

Respecto a lo apolíneo y lo dionisiaco Nietzsche menciona:

Esos dos instintos tan diferentes marchan uno al lado del otro, casi siempre en abierta discordancia entre sí y excitándose mutuamente a dar a luz frutos nuevos y cada vez más vigorosos, para perpetuar en ellos la lucha de aquella antítesis, sobre la cual sólo en apariencia tiende un puente la común palabra “arte” (2003, p. 41).

Aquellos instintos se desarrollan recíprocamente a pesar de ser dos fuerzas pertenecientes a mundos artísticos singulares (el del sueño y la embriaguez), siempre en constante lucha y excitación, sin sucumbir el uno al otro, debido a la mutua necesidad que los mantiene juntos, perpetuando su lucha mediante un impulso creativo que va desde lo dionisiaco hasta lo apolíneo, es decir, desde la intensidad a la forma y viceversa. De dicha manera, aunque bajo ciertas circunstancias un instinto se sobreponga al otro, no pueden aniquilarse. Estas fuerzas instintivas brotan de la naturaleza misma y sin mediación alguna, como un mundo de imágenes o apariencias y bajo el estado de la embriaguez de los sentidos. Así, cada uno encuentra placer en su actividad, bien sea en la creación de lo bello o en la intensidad del movimiento.

Lo apolíneo y lo dionisiaco se conectan en la creación artística –a pesar de que cada uno representa un arte específica (la escultura, las formas, y la música y la embriaguez)– donde se conjugan la apariencia visible y su fundamento, pues el instinto apolíneo de lo bello se desprende de la percepción del dolor, del horror de la existencia, con lo cual es compelido a buscar la reivindicación mediante la apariencia, solo así se desarrolla dicho instinto: el dolor empuja al individuo a forjar la visión redentora (2003, pp. 55-58). Lo cual significa que frente al sentimiento trágico de la vida, se encuentra una manera de redimir la propia existencia, de darle un sentido a través del potencial creador del arte. En cuanto a lo dionisiaco, este enuncia aquella naturaleza instintiva

del hombre que no está sujeta al orden de las formas, al contrario, tiende a desestabilizar el orden humano, uniendo al sujeto con las fuerzas de la naturaleza y sumiéndolo en el éxtasis o placer intenso.

Aquellos instintos son dos fuerzas específicas de las cuales se desprende la tragedia cuando se unen en la creación artística. En cuanto a la interpretación de la tragedia griega, nuestro autor considera que ésta muestra la relación entre dos impulsos, es de las pasiones y la intensidad musical, que son dionisiacas; y el lenguaje y la dialéctica, representaciones de lo apolíneo. Los griegos conocieron el sufrimiento de la existencia y la muerte. El mundo de los dioses producido por el impulso apolíneo se crea para hacerle frente a estos temores, como una máscara bajo la cual ocultar el sufrimiento, instaurado en el drama, el caos, o la disolución de la individualidad. De esta manera lo apolíneo y lo dionisiaco componen dos rasgos estilísticos. Mientras Apolo es el dios de la forma, el orden y la claridad del lenguaje; Dionisio es el dios de las pasiones, de la fuerza y el entusiasmo. Respecto a ello, Nietzsche se refiere al efecto de la tragedia dionisiaca así:

El consuelo metafísico –que, como yo insinúo ya aquí, deja en nosotros toda verdadera tragedia- de que, en el fondo de las cosas, y pese a toda la mudanza de las apariencias la vida es indestructiblemente poderosa y placentera, ese consuelo parece con corpórea evidencia como coros de sátiros (2003, p. 79).

Aquí la intensidad del movimiento y la palabra suscitan la poesía lírica, o donde el drama se funde con la música. De cualquier manera, para Nietzsche este sería el momento más productivo de aquella antítesis instintiva, pues su máximo fruto habría sido el drama trágico, el cual exalta el filósofo.

La representación dionisiaca del desgarramiento individual es también el camino hacia la unión con el todo, un sentimiento de unidad que sobrepasa el orden social y retrocede al corazón de la naturaleza, nos dice el autor. Más allá de esto, el término instinto hace referencia a un motor fundamental bajo el cual se ha construido lo individual y lo colectivo, la cultura misma, en tanto el sufrimiento y los horrores de la existencia han llevado al hombre a crear un mundo de apariencias donde refugiarse.

Por otro lado, si el placer en el cual nos sumerge lo apolíneo, es decir en la contemplación de lo bello, es lo que alivia el sufrimiento del cual se compone la vida, el arte dionisiaco, por su parte, “quiere convencernos del placer de la existencia”. Y aunque el placer con el cual se engaña al dolor lo puede proporcionar la cultura de diferentes maneras, casi en todas se busca huir de la existencia. Por ello nuestro autor subraya la importancia, y muchas veces el desconocimiento sobre el instinto dionisiaco, como un aspecto vital poco abordado a lo largo de la historia por las culturas. Su singularidad reside en el pensamiento trágico, donde se intuye la unión efusiva de todas las cosas, su afirmación, pero a su vez es también consciente de la destrucción, más concretamente de la vida y de la muerte, la dinámica incesante a la cual estamos supeditados los seres vivos. La vida crea individuaciones constantemente como una fuente eterna, pero al desgarrarse evoca el dolor que caracteriza el padecimiento de lo *Uno primordial*, consciente del devenir constante, que anhela la reunificación con la muerte, placer supremo mediante la aniquilación de la individualidad. El instinto dionisiaco compele a vivir en la medida en que revela que más allá del incesante padecimiento o del velo de las apariencias, la vida es indestructible y placentera.

El nacimiento de la tragedia es una obra que representa la relación fundamental entre lo dionisiaco y lo apolíneo, bajo la cual se despliega la existencia, pues en el pensamiento trágico se comprende tanto la unión como la separación del individuo en el devenir constante de la vida y la muerte, donde el individuo se desgarrará tras el dolor percibido, pero es incitado por la belleza a vivir nuevamente. Por ello, “solo como

fenómeno estético están eternamente justificados la existencia y el mundo” (Nietzsche, 2003: 69).

La fuerza apolínea construye el mundo de la apariencia y la moderación, en cuanto divinidad ética exige medida y orden, algo posible mediante la reflexión y el conocimiento preciso utilizados por el hombre para tratar de forjarse algo certero como la verdad y la razón, o de alcanzar la belleza. Lo apolíneo edifica el marco de estabilidad sobre el cual irrumpe el espíritu dionisiaco. Dionisio representa las fuerzas de la naturaleza que abarcan la vida y la muerte, es el reflejo de la naturaleza instintiva del ser humano, que emerge desde el interior del cuerpo y aspira a la verdad en su fuerza máxima.

Así pues, el instinto no se forma a partir de la experiencia del dolor y el placer, sino del acercamiento o disminución de la fuerza, en otros términos, de la intensidad con la cual vivimos o experimentamos. Por ello, el instinto se caracteriza primordialmente por su constante insatisfacción, convirtiéndose en un estimulante de la vida, y no forzosamente en causa de frustración. Nietzsche considera que el hombre de instintos sanos es guiado por ellos para sobrevivir, y en ese sentido, su actuar debe ser cada vez más libre y espontáneo.

2.2 – Voluntad de poder

La voluntad de poder puede entenderse como el motor fundamental de las acciones humanas, en tanto expresa el deseo y la intensidad con la cual el hombre conquista sus propósitos o demuestra su fortaleza, su carácter frente a algunas circunstancias. De manera más profunda, el término hace alusión a la expansión de aquella energía creativa propia de las fuerzas internas llamadas instintos, e inherentes a cada ser en la tierra.

La extensión de dicha energía implicaría que los seres vivos no solo se conforman con existir, por el contrario, tratan de ir más allá, de ser más, de extender su voluntad hacia otras actividades, utilizando el poder para crecer y aumentar su fortaleza. Para contrastar lo anterior, pensemos desde la perspectiva nietzscheana, en el carácter del hombre al cual se le concede una gran voluntad, el hombre noble; dicha cualidad se atribuye en base al dominio y la libertad de las fuerzas instintivas, las cuales, tienden a intensificar su poder, para así crecer, conquistar y ser capaces de crear, incluso de dominar a otras voluntades al expandir su fortaleza.

Ya en *Genealogía de la moral*, encontramos que el carácter de “noble” es atribuido al sujeto de voluntad activa, es decir, al hombre de los instintos fuertes y libres, capaz de erguirse sobre los menos poderosos, gobernándolos. Aquí, “una voluntad de poder se ha enseñoreado de algo menos poderoso” (Nietzsche, 1972, p. 100), pues tal y como lo concibe Nietzsche, la fortaleza es un querer dominar, un querer enseñorearse, un deseo de triunfos, de resistencias y enemigos con quienes batallar; es más: “un quantum de fuerza es justo un tal quantum de pulsión, de voluntad, de actividad” (1972, p. 59). En este sentido, la *voluntad de poder* viene a significar aquel impulso interno que lleva al hombre al empoderamiento, y la cualidad que la diferencia de las otras voluntades en cuanto a cantidad de poder, ya que a mayor poder adquirido mayor voluntad de poder

Ahora bien, desde una perspectiva cosmológica, la *voluntad de poder* representa el principio esencial por el cual la realidad se constituye, en tanto el universo y lo que lo compone, es concebido como un conjunto de fuerzas desiguales, cualitativamente diferentes entre sí, y en constante disputa por el empoderamiento, por lo cual unas tienden a dominar a otras, y resulta imposible hablar de un equilibrio entre las mismas. El término *voluntad de poder*, de acuerdo con Fernando Savater, hace referencia a una fuerza independiente que se ubica en cada uno de los vastos objetos y seres del universo, aspirando al dominio y la intensificación de su energía, una

“voluntad de hacer violencia (de ejercer una acción) y de defenderse contra toda violencia (acción de resistir)” (1995, p. 93).

Desde este panorama, la tierra al igual que el universo, son lugares compuestos por fuerzas dominantes y dominadas, o fuerzas que buscan dominar y son dominadas; allí, la *voluntad de poder* “se despliega en todo acontecer” (Nietzsche, 1972, p. 101) como una voluntad de acumulación de energía que guarda lo esencial de cada experiencia para así poder crecer, expandir su fuerza o proyectarse hacia el futuro, pues la naturaleza no es algo acabado o perfecto, al contrario, se encuentra en un perpetuo devenir, al igual que cada objeto o ser en el universo. Inclusive la vida se extiende al superarse constantemente a sí misma, dado que el ser es voluntad de poder (devenir) disparada hacia un horizonte en el que anhela cosas y es capaz de poseer y desea poseer más, en todo caso, busca crecer, desarrollarse.

Un aspecto esencial de la vida es su capacidad de superarse siempre a sí misma. Superación fundamentalmente posible a través de la forma e intensidad con la cual el hombre se acerca a la vida, anhela o desea. En este sentido no se trata de dominarla mediante su explicación lógica o racional, sino de aceptar y reconocer todos sus rostros para estar dispuestos a volver a vivir incluso la vida más espinosa e intrincada. El hombre que guía su vida conforme la voluntad de poder, es un ser que asume la realidad en todas sus formas e intenta superarse a sí mismo sin caer en la esclavitud.

Según Eugen Fink, desde la perspectiva nietzscheana, la vida se supera a sí misma, no de forma ascética, como un alma eterna o en la figura de un Dios perpetuo –donde se niega la realidad del tiempo–, sino de manera finita, pues aquella voluntad está en el tiempo concreto y participa del juego cósmico del universo en tanto cuerpo y finitud. El espíritu y la libertad habitan en la tierra: este fue el viraje existencial que Nietzsche otorgó a dichas concepciones al retornarlas nuevamente a su naturaleza.

Las capacidades del cuerpo se encuentran no en su “espíritu” -como antaño fue considerado al postular como el valor supremo de la vida a la razón o la conciencia, e incluso el alma-, sino, precisamente en la fuerza creadora de los instintos.

En este orden de ideas, el impulso creativo al que podríamos llamar *voluntad de poder*, corresponde a una fuerza natural o estado de embriaguez en el sentido dionisiaco, que incita al hombre a la representación de imágenes que debido a su naturaleza se relacionan con la existencia y sus experiencias de dolor y placer. Lo anterior ocurre en la creación artística. Sin embargo, ciencia y moral también pueden considerarse como productos de la *voluntad de poder*, en tanto el hombre es una constitución de fuerzas (pasiones, deseos, razón) que buscan desarrollarse a sí mismas. En este marco, la tierra es la máxima creadora, posee una voluntad de poder de la cual todo lo viviente es su fruto. Es por eso que para este filósofo el hombre también es un artista, un ser con la libertad y la capacidad de transformar la realidad a través de sus actos.

De la misma manera, “la auténtica voluntad de vida, la cual tiende hacia el poder” (Nietzsche, 1972, p. 98), se identifica con la fuerza orgánica e inorgánica que más allá de asegurar la supervivencia, trata de ser más, de extender su poder hacia otras acciones o formas. El ser solamente puede manifestarse en la actividad, y solo así la vida logra extenderse y desarrollarse, a partir de una intuición interna, donde la orientación y proyección de las fuerzas vitales resulta fundamental para saber cómo se vive y hacia dónde se dirige dicha fuerza. En este sentido, la vida debe ser leída desde sus expresiones más impactantes, exige ser valorada. Según Luis Jiménez (1972), dicha valoración debe ser precedida por un encuentro primordial y consciente del ser humano con la vida, anterior a toda moral establecida, como una especie de reencuentro con la naturaleza, en otros términos, se trata de una onticidad básica (p. 57).

Quien valora la vida es el poder, algo inherente a la realidad vital (el cuerpo) que tiende hacia la expansión. Esta voluntad de crecimiento impulsa la vida, potencia el accionar humano, pues el hombre es capaz de proyectarse y arriesgarse, de crear nuevos valores mientras destruye los anteriores. Así, la voluntad de poder en su aspiración a enseñorearse imprime y extiende la realidad del ser más allá de su finitud. Esto es indispensable para todo desarrollo, una operación vital del individuo en la que participan tanto lo apolíneo como lo dionisiaco. “Lo real es eternamente trágico y no se logra la unión sino en la lucha hacia el perfeccionamiento. Lo apolíneo otorga la claridad frente a la confusión dionisiaca del impulso vital indefinido” (Jiménez, 1972, p. 66).

La vida es una lucha constante y antagónica de todo lo existente, es en lo vivo donde yace inserta la voluntad de poder, bajo un juego incesante de hostilidades creadas por la vida misma en movimiento. Por ello, el desarrollo de la existencia no puede considerarse linealmente, sino, sobre sí misma, solo así la vida logra superarse, en un ciclo de creación y destrucción. Por otra parte, el cuerpo es la única realidad terrena y, a la voluntad por su parte, no le queda sino reconocer el poder superior del tiempo que terminara por absorberla. Pero la esencia de la vida radica en la vitalidad de los instintos, “que poseen las fuerzas espontáneas, agresivas, invasoras, creadoras de nuevas interpretaciones, de nuevas direcciones y formas”, donde la voluntad de vida aparece activa y conformadora (Nietzsche, 1972, p. 102).

Finalmente, en este apartado podemos observar la forma en la cual el instinto nietzscheano, comprendido como una fuerza de la naturaleza, despliega su potencial y su actividad conformadora bajo la voluntad de poder presente en todo acontecer humano y cosmológico. Es la energía instintiva de cada uno de los seres del universo lo que permite el desarrollo de la vida misma, su constante superación; actúa como un impulso interno que lleva a todo organismo a crecer, a ir más allá de sí mismo, a empoderarse de la propia existencia. A nivel humano, ello se consigue mediante la valoración de la vida, es decir, en el reconocimiento y aceptación de su esencia: un

ciclo de nacer y perecer impulsado por las mismas fuerzas instintivas, capaces de crear y destruir a la vez.

2.3 – El instinto como fuerza creadora.

Según el filósofo de Röcken, en el hombre, el máximo potencial de las fuerzas instintivas radicaría en su capacidad bien sea de llevar a cabo nuevas interpretaciones, de crear formas e incluso de transformar la realidad, actividades que además le son inherentes a una voluntad de poder dominante (1972, p. 102). Ahora bien, como observamos al inicio del apartado anterior, la voluntad de poder viene a referirse a la forma en la cual los instintos extienden su energía creativa impulsando el desarrollo de actividades superiores, más allá de la mera existencia. En ese sentido, toda voluntad de poder es en todo caso voluntad de creación.

La voluntad de poder no solo tiende al dominio de las otras voluntades de forma física; apropiarse o enseñorearse también quiere decir imponerse mediante la interpretación, cuando viejos valores son derrocados por un individuo con el fin de crear otros para regirse a sí mismo e incluso a los otros. Para Nietzsche, el *individuo soberano* –contrario al hombre ético– es aquel que se ha liberado de la eticidad de las costumbres, o en otras palabras, se ha desprendido de las ataduras sociales para empoderarse de sí mismo y de las circunstancias que lo rodean (1972, p. 78), dándole sentido a su vida.

En este punto, el hombre puede ser considerado un artista que se encuentra en constante pugna con la realidad, pues se enfrenta a una vida que le exige ser valorada. La voluntad de poder es quien tiene la capacidad de valorar en su aspiración a enseñorearse, al atreverse a producir nuevas interpretaciones y extender su realidad más allá de la finitud; pero también, es a través de la creación artística, un acto vital e indispensable en el desarrollo de toda voluntad, que la vida cobra sentido.

Los griegos, por ejemplo, crearon el mundo de los dioses para así poder sobreponerse al sufrimiento y darle explicación a su existencia; en ellos recayó la culpa de las desdichas humanas. En el caso del *filósofo sacerdote* –portavoz de la moral y del idealismo–, a pesar de poseer una voluntad superior, su invención es de carácter metafísico y divino, si hablamos de Dios y la razón, contrarios a todas las pasiones terrenales y por ende a la vida misma.

Como una de las formas en las cuales se manifiesta el poder es la palabra, en *Genealogía de la moral*, Nietzsche analiza la forma de valorar del noble guerrero, quien consciente de su poder y libertad para ejercer su voluntad, designa sus acciones valientes, aguerridas e incluso hostiles como buenas. Pero en el momento en que el poder de designación de dicha estirpe cae, surge una nueva forma de valoración impuesta por la casta sacerdotal, la cual califica como malas las acciones del noble guerrero o del bárbaro, mientras atribuye como buenas las actitudes débiles y la carencia de voluntad de poder. Por tanto, para nuestro autor aquella forma de valoración resulta en realidad negativa, al ser la causante de que el hombre nunca haya logrado conquistar su verdadero potencial, además de perder el interés por ser fuerte o forjarse un carácter.

Así pues, el saber valorar la vida, interpretarla y direccionar la energía instintiva adecuadamente, son acciones vitales en las que resulta necesaria la participación de lo apolíneo y lo dionisiaco, aquellas fuerzas artísticas diferentes pero inherentes a la misma naturaleza. Según Luis Jiménez, la primera otorga el equilibrio y la claridad a los impulsos vitales indefinidos (lo dionisiaco); la segunda se corresponde con la existencia de una fuerza plástica capaz de transformar la realidad: el poder dionisiaco¹. En la unión creativa de aquellos instintos se manifiesta la verdadera voluntad de poder, su potencial creador y transformador.

¹ Para mayor claridad en el asunto, dirigirse al apartado 2.2 – *Voluntad de Poder*, pg. 21.

LA PULSIÓN EN FREUD

2.4 – La Pulsión y la energía instintiva.

En primer lugar, a la pulsión debemos comprenderla como energía libidinosa o sexual que circula el aparato psíquico, buscando evitar siempre el displacer al querer pasar del inconsciente al consciente; por lo que decimos que exige siempre, la realización y gratificación placentera. Cuando la pulsión brota del inconsciente se produce una sobrecarga energética que es sentida como sobre-excitación y traducida como displacer, y cuando la intensidad energética se descarga, es decir, cuando la pulsión es satisfecha, entonces deviene en una sensación placentera. A esto es lo que Freud denomina la “económica” dentro de su Metapsicología, entendida como la continua circulación de energía en el aparato psíquico (sobrecatexis y descarga de catexis).

La catexis es energía libidinal repartida entre los diferentes sectores de la psique. En el inconsciente, se origina como energía libre no ligada a los procesos conscientes, más el incremento de su intensidad (la excitación) la impulsa a desplazarse hacia dicho sector en búsqueda de un objeto de satisfacción sobre el cual descargarse, así motiva el funcionamiento del aparato psíquico. De ahí que el autor nos hable, en un primer momento, de un desplazamiento de la excitación a lo largo del sistema neuronal, un conjunto de redes sobre las cuales se conducen señales “eléctricas”. Y

por ello lo característico de la libido sea su capacidad de cargar una representación mental (sueños, fantasías, deseos, actividades intelectuales) u objetos del mundo exterior con su energía. En la primera situación es la psique quien se carga (catexis psíquica), en el segundo los objetos pertenecientes al mundo (catexis de un objeto),

aquí la circulación de energía sobrepasa los límites de la mente al exteriorizarse, pero la psique también determina su libre paso o restricción en una operación psicológica llevada a cabo por el sistema pre-consciente quien decide la pulsión.

Lo económico considera la catexis en todas sus intensidades y movimientos, desde su estado de reposo hasta el aumento de la intensidad con la cual se desplaza a través de la psique cargando sus representaciones. De acuerdo a dichas apreciaciones el término excitación es utilizado para designar, bien sea el incremento de la energía instintiva percibido por el Yo a manera de una tensión displacentera, como su disminución en la descarga placentera; de tal manera que para Freud (1982) los procesos anímicos estarían regulados por las sensaciones de placer-displacer, con una tendencia psíquica a la estabilidad o principio de nirvana, a conservar en lo más mínimo la excitación, procurando más bien la descarga placentera (p. 2507).

Una pulsión o impulso es entonces, en palabras de Freud “un proceso psíquico – inconsciente– dotado de una tendencia a transformarse en acto” (1982, p. 162); frente al cual puede efectuarse que el Yo lo rechace desde el juicio consciente, lo despoje de su energía y potencia, y persista como recuerdo; o bien, que sea reprimido² y por ello conserve su energía sin dejar huella en la memoria toda vez que nunca llegó a la consciencia, y busque caminos indirectos para su realización forzando la descarga energética, de manera tal que la energía conservada en el sector inconsciente no desaparece, se transforma en síntoma o deviene en forma de sueño o acto fallido.

El sistema psíquico percibe sensaciones y estímulos provenientes del mundo exterior y del interior del cuerpo. Frente a los estímulos externos el hombre puede

² Más adelante, en el numeral 2.7 – *La represión instintiva*, se analizara ampliamente el fenómeno de las pulsiones reprimidas.

sustraerse de ellos fácilmente, bien sea evitándolos o decidiéndolos a partir del juicio consciente; pero ante aquellos estímulos provenientes del interior del organismo el sujeto no tiene defensas y debe realizar una serie de acciones específicas, pues estos impulsos devienen de pulsiones instintivas que cesan únicamente cuando han logrado el fin que se proponen: la obtención del placer. El aparato anímico tendría la tarea de ligar o rechazar dichas pulsiones, de permitir su libre desarrollo o de reprimirlas, pero aún si lo último ocurriera, aquellas pulsiones instintivas no cesarían, ejercerían una constante presión al aparato psíquico buscando escapar mediante otros caminos. La pulsión no cancela su energía sino que la resguarda en el inconsciente, y en dicho sector es capaz de atraer y formar representaciones mentales libremente, es el caso de los sueños, por ejemplo.

En el mundo personal los objetos y las representaciones mentales poseerían un "quantum de afecto", un valor emocional positivo o negativo, como amor, miedo, nostalgia, etc. que según la intensidad con la cual fue experimentado es asimilado por el sujeto. Muchas de las experiencias afectivas son reprimidas a lo largo del tiempo debido a la intensa conmoción que provocaron o al peligro que implicaban sus aspiraciones, disolviendo de la historia del sujeto el vínculo forjado entre la representación y su valor afectivo. El Yo suprime alguno de estos rasgos de la mente, conservando bien sea el recuerdo o la energía. Si ocurre lo último, la energía acumulada podría llegar a devenir en forma de síntoma.

2.5 – El instinto y sus características, según Freud.

Desde el punto de vista biológico el instinto resulta equiparable a un impulso interno del organismo, que al irrumpir con su fuerza en la actividad psíquica se manifiesta en un estado de ánimo, provoca tensiones corporales y anímicas que motivan ciertos comportamientos, pues el instinto busca realizarse y obtener satisfacción. Así, el término se define entre aquellos procesos corporales que denotan una profunda

necesidad o exigencia, y los procesos psíquicos que se configuran representando dicha necesidad en un deseo. Este es básicamente la representación de aquellas exigencias instintuales. En *Los instintos y sus destinos* afirma Freud:

Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el instinto como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático (1981, p. 2041).

Dentro de las características primordiales del instinto encontramos: primero, la cantidad de fuerza o exigencia inherente al impulso, la cual determina la magnitud de la acción a realizarse, pues depende de los niveles de intensidad de la pulsión; luego, la finalidad del instinto, el placer, a la cual siempre tiende a través de diversos caminos u objetos del mundo; también está el objeto de satisfacción, que puede variar o sustituirse cuando en el ya no se encuentra placer, por ello el objeto solo produce una satisfacción parcial, nunca plena; aunque el hombre pueda fijarse obsesivamente sobre algunos, los cuales carga con mayor intensidad afectiva; y finalmente, la energía instintiva que resulta ser de procedencia somática, nace en el interior del cuerpo y por tanto no puede suprimirse, de ahí la fuerza constante de su actividad, la búsqueda de la satisfacción.

El instinto no se revela sino a través de sus fines, es decir del sentido de las acciones o deseos, que serían el objeto esencial de búsqueda en la investigación psicológica. Por otro lado, depende en gran medida de las capacidades sensitivas de los órganos sensoriales con los cuales el sujeto palpa el exterior aprendiendo a distinguir su mundo interno de la realidad externa. A partir del sistema perceptivo los instintos se activan, pasando de su inactividad –fase en la cual encuentran satisfacción en el propio cuerpo, pues revisten al sujeto por completo –, a su estado activo, es decir al desplazamiento

de su energía hacía los objetos exteriores como posibles fuentes de satisfacción. Esto es algo característico de los instintos sexuales.

En otras palabras, en una etapa primigenia los instintos aparecen juntos recubriendo al Yo, envolviendo un mismo objeto, por ejemplo durante el periodo de lactancia del niño donde siente que él es uno con su madre, que no hay un otro distinto a sí mismo; por ello encuentra en ella encuentra placer y alimento; luego, tras su contacto con el mundo real teniendo como mediadores a los sentidos, los instintos se desplazan por diferentes destinos, y mientras los de tipo sexual parecen replegarse hacia el sector inconsciente de la mente, los instintos del yo atienden las exigencias de la realidad, relacionándose con facultades como la memoria, el discernimiento o la razón.

Por último, se debe resaltar que la energía libidinal es inherente a los instintos sexuales, pero transferible hacía los instintos del yo o de conservación, debido a su capacidad de cargar fácilmente cualquier objeto o representación. Así, gran parte la energía instintiva se distribuye entre las diferentes actividades conscientes o relacionadas con la realidad, transformando su naturaleza al invertirla en otros fines. Es por ello que los instintos son considerados los verdaderos motores del progreso y la humanidad.

2.6 – La teoría de los instintos en Freud

Freud formuló a lo largo de su vida distintas teorías de los instintos, según la clínica y la terapia con sus pacientes, requerían nuevos elementos a tener en cuenta. De cualquier forma, todas ellas tenían por común denominador el carácter dualista de los instintos, en el sentido de un juego de fuerzas que interactúan constantemente en oposición, pugnando entre sí debido a sus opuestas aspiraciones.

En un primer momento, hacia el año 1905 con la publicación de *Tres ensayos para una teoría sexual*, postula la existencia de los instintos sexuales y los instintos del yo, donde los primeros tienden a la búsqueda del placer puramente sexual, mientras que los segundos procuran satisfacer necesidades básicas de supervivencia, como alimentarse para no morir. Durante la etapa oral del niño, los instintos se manifiestan en conjunto al coincidir en el objeto de satisfacción, el seno materno, en el cual, el lactante encuentra placer y alimento. Sin embargo, debido a sus aspiraciones opuestas y a la irrupción del principio de realidad que inhibe la conquista de placer, se distancian.

Durante el inicio del desarrollo psíquico la actividad mental se encuentra determinada por la obtención de placer. Sin embargo, la percepción y asimilación de la realidad modifican dicha actividad al imponer nuevas exigencias al individuo, con el fin de que este se adapte a las condiciones externas, relegando a un segundo plano la búsqueda de placer. En tal sentido se desarrollan facultades como la memoria, el discernimiento, la atención, la razón o el intelecto, todos aquellos procesos conscientes que orientan al Yo diariamente dentro de la sociedad. Por su parte, los instintos sexuales se vinculan con el sueño y la fantasía, facultades que reflejan las necesidades más profundas del ser humano, pues el deseo es básicamente la representación de aquellas exigencias instintuales que nunca cesan a sus aspiraciones.

La primera dualidad instintiva estuvo orientada por una fundamentación biologicista, resaltando el carácter energético de los instintos que se muestran cargados con un cierto tipo de energía: en el caso de los instintos sexuales, de la denominada libido; y en el caso de los instintos del Yo, energía que se puede trasegar cargando u ocupando otro objeto de acuerdo a un cierto interés o necesidad, como el hambre, por ejemplo. Aquel pilar biologicista está expresado en la tendencia o fin inherente a cada instinto, en los de tipo sexual la reproducción de la especie y el placer sexual, y en los instintos del Yo la satisfacción de las necesidades que aseguren la supervivencia y

retrasen la muerte del individuo. Bajo esta primera teoría de los instintos, la represión³ aparece como un conflicto psíquico que se manifiesta cuando las finalidades del Yo coherente no concuerdan con los deseos sexuales, pues en varias circunstancias las posibilidades de obtener placer se convierten en un peligro para la vida y por ende deben ser suspendidas o rechazadas.

El autor del psicoanálisis representó dicho conflicto desde una visión tópica del aparato mental, al comprender la psiquis como una estructura tripartita compuesta por topos o lugares, cada una con funciones diferentes. En la formulación de la Primera Tópica planteó que el inconsciente era el lugar donde se encuentran todas las pulsiones que el hombre pueda llegar a manifestar en su vida, el preconscious como el lugar que decide en representación de las demandas culturales, lo que puede ser satisfecho y lo que no puede ser satisfecho, y por ende debe ser reprimido. Por otra parte, el sector consciente es el lugar donde se satisfacen placenteramente las pulsiones. La represión se manifiesta así como un problema dinámico entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente; en otras palabras, entre las pulsiones libidinosas que buscan el placer y las demandas de la realidad. Este primer dualismo respondió a la necesidad de explicar el fenómeno de la represión como causa de la neurosis.

En todo caso, el autor del psicoanálisis no fue capaz de abordar todos los tipos de neurosis o de explicar por completo la represión, en particular el papel del Yo en aquel conflicto psíquico de fuerzas. Tales dificultades surgieron debido a la carencia de una base psicológica durante esta primera etapa, que por el contrario favoreció una visión biologicista del instinto, como energía libidinoso en el terreno sexual, e interés al referirse a la búsqueda de autoconservación. En ese sentido, sobresalieron las

³ El termino Represión refiere al inevitable hecho de tener que aplazar o cancelar la satisfacción placentera de nuestros deseos en términos de atender la realidad, tema que será abordado con mayor detenimiento en el numeral 2.7 – *La represión instintiva*, dedicado especialmente a dicho tema.

finalidades biológicas de la subsistencia y la reproducción, soslayando así la historia vivencial del sujeto, su memoria. Por tanto, delimitar cualitativamente las diferencias entre los tipos de naturalezas instintivas resultó una labor inacabada, pues si bien los estudios ampliaron el tema de la libido, dejaron entre sombras el polo instintivo del Yo.

Para el año 1917 Freud encuentra necesario reformular su teoría por los estudios que sobre el narcisismo adelantaba para tal época, admite entonces, que la libido, la energía propia de los instintos sexuales, no solo está dirigida hacia los objetos externos, sino que también reviste al Yo, y este se ama y desea a sí mismo, en todo caso, es su fuente u origen; contrario a la primera teoría está impregnado de libido, dándole un carácter instintivo que de antemano no poseía, el Yo es libidinoso (1982, p. 3050).

Por ende, la segunda teoría se enfocara en la oposición entre los instintos libidinosos del Yo y los instintos libidinosos objetales. Concepción que sin embargo, desde el sentido conflictivo de la represión, resulta insostenible, pues la fuerza represiva del Yo y la fuerza reprimida de la libido son del mismo carácter, lo cual impulso a Freud a especular sobre la posibilidad de una sola especie de energía instintiva, la libido, que orientada hacia el exterior se transforma en libido objetal, pero al retornar al Yo de donde emerge es narcisista.

El advenimiento de la tercera teoría se dio porque el dualismo de fuerzas opuestas resulta fundamental en la explicación de las diversas afecciones psíquicas. Así, sin desistir a la idea de que los instintos no pueden ser todos de la misma especie, la segunda teoría es descartada en 1920, cuando en *Más allá del Principio del Placer*, se postula la última y definitiva dualidad instintiva, entre Eros o Vida y el instinto de muerte o destrucción. De nuevo, el punto de partida para esta nueva teoría lo da la praxis clínica con el fenómeno de la *Compulsión a la Repetición*, que refería al hecho de que el individuo revive experiencias del pasado que no tienen posibilidad alguna del placer.

El concepto se derivó de los estudios en torno a las neurosis traumáticas y los juegos infantiles, y hace referencia a la reproducción constante de las distintas impresiones producidas por un suceso pasado que fue doloroso –en el caso del displacer que produce la represión de un deseo– o imprevisto –en el caso de las neurosis traumáticas–, dejando al individuo fijado obsesivamente al hecho; el suceso se repite bajo diferentes formas, ya sea mediante el sueño, el juego o el síntoma neurótico, en todos los casos, existe una elaboración psíquica del dolor o del displacer.

La repetición de aquellos estados se admite porque de alguna manera resulta placentero, pero este es un placer de otro género, suceso que se refleja en el abandono del niño por parte de su madre durante los primeros años de vida. Nuestro autor relata como un infante elabora un juego en el cual hace desaparecer y aparecer a voluntad sus juguetes, de tal manera que, en la repetición de esta actividad, el niño no solo revive el instante del abandono materno, a su vez satisface un deseo de dominio sobre los objetos –en este caso la madre, objeto de amor–, y finalmente también satisface un “impulso vengativo” al repetir la sensación dolorosa para otros y empoderarse de una situación que en su momento no pudo controlar. De esta manera la Compulsión a la Repetición es atribuida a la acción repetida de instintos (reprimidos) que en un tiempo pasado prometían satisfacción y en la experiencia resultaron displacenteros, y vuelven así a imponerse en la vida (Freud, 1982, p. 2516). Ahora bien, por cuanto esta obsesión de repetición es de carácter instintivo, Freud se atreverá a afirmar:

Un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica si se quiere, la manifestación de la inercia en la vida orgánica (1982, p. 2525).

Cuando nuestro autor afirma que el fenómeno de la compulsión a la repetición es pulsional (de carácter instintivo), lo hace en razón de que todas las pulsiones quieren

reproducir algo anterior, una serie de formas pasadas, de estados o experiencias que no se olvidan y perviven en la memoria; a nivel orgánico lo inanimado, la muerte, pues análogamente esa es la condición histórica de todo organismo vivo, que arrancado de la nada por fuerzas externas, en el camino hacia su muerte repite aquellos estados de los cuales él es un resultado. Este aspecto se ilustra si observamos que incluso en las conductas animales existe un impetuoso deseo de volver hacia un estado anterior, ya sea su hogar de nacimiento, como ocurre en algunas aves y peces, o con el reemplazo idéntico de un miembro perdido, así como las estrellas de mar.

Las pulsiones instintivas que tienden a lo inanimado representan fundamentalmente la lucha y la desintegración, pues atacan de forma agresiva los vínculos motivados por la vida, en busca de la plenitud bajo el Principio de Nirvana. Así, la finalidad de la naturaleza conservadora de los instintos, “tiene que ser un estado antiguo, un estado de partida, que lo animado abandonó alguna vez, y hacía lo que tiende por todos los rodeos de la evolución” (Freud, 1982, p. 2526).

Junto a las pulsiones de muerte, como es llamado este nuevo instinto, se encuentran las pulsiones de Vida o Eros, que por su parte buscan conservar la existencia en unidades vitales y complejas. Por ello, en la tercera teoría, todas las formulaciones anteriores referentes a los tipos de instintos quedarán bajo el llamado Instinto de Vida, en caso de los instintos sexuales debido a su finalidad biológica: la procreación, dado que su función natural reside en la conservación de la especie; y en los instintos de Yo, la subsistencia de sujeto. Por su parte, los instintos de Muerte tienden a la autodestrucción de la unidad que es el ser vivo, y secundariamente se exteriorizan en forma agresiva o destructiva, pues el hombre no solo es una criatura indefensa, en sus raíces se encuentra una dosis de energía agresiva y violenta que muchas veces actúa de forma silenciosa e imperceptible o particularmente amalgamada al erotismo. Los instintos de Muerte pretenden destruir lo que la Vida construye.

Cuando el autor del psicoanálisis estudio los instintos objetales, distinguió en el sadismo una pulsión de posesión o apropiación con una finalidad agresiva, al igual que en el masoquismo, donde amor y crueldad se combinan al encontrar placer en el sufrimiento ajeno y personal, así se manifiesta el instinto de muerte hacia fuera y hacia dentro. Por último, “el instinto de destrucción dirigido a los objetos debe procurar al Yo satisfacción de sus necesidades vitales y del dominio sobre la naturaleza” (Freud, 1982, p. 3052).

De esta manera, Eros y Muerte vienen a representar el tercer y definitivo modelo de la teoría de los instintos, donde la vida misma es jalonada por el instinto de vida y por el instinto de muerte, como lo explica Enrique Ureña (1977), al decir que Freud parece interpretar este conflicto entre Eros y Muerte como una especie de conflicto cosmológico más que psíquico, pues aquí el juego de oposiciones constituye esencialmente el movimiento de la vida, enfrascado entre la creación y la destrucción que sobrepasa lo humano (p. 115). En esta última teoría los dos tipos de pulsiones se conciben como principios fundamentales, más que como motivaciones concretas del organismo.

2.7 – La represión instintiva.

Desde la perspectiva dinámica, base de la metapsicología freudiana, la represión puede entenderse como un conflicto que surge entre fuerzas opuestas de carácter instintivo, pues en dicho fenómeno se expresa la lucha de dos tipos fundamentales de instintos, los instintos sexuales y los instintos del yo o de autoconservación. Estos resultan contrarios a causa de sus finalidades, ya que los primeros buscan la obtención de placer sexual o libidinoso, mientras que los segundos procuran la supervivencia del hombre. En el camino hacía su meta se produce un conflicto. Por tanto, el término en cuestión (la represión) se refiere a un conflicto que ocurre entre el deseo y las

exigencias de la realidad, cuando la obtención de placer es interrumpida en razón de otras necesidades. En circunstancias reales aquellos impulsos que tienden al placer no pueden realizarse libremente, pues existen normas y valores morales que lo impiden o censuran y que actuando en nombre del principio de realidad, coartan las pulsiones que obran bajo al principio del placer.

El funcionamiento psíquico se encuentra regido por dos principios: el Principio del Placer y el Principio de Realidad. Bajo el Principio del Placer encontramos todas las aspiraciones placenteras a las que el hombre tiende naturalmente debido a su carácter hedonista, algo que podemos corroborar durante las primeras etapas del desarrollo psicosexual infantil, donde dominarían los procesos psíquicos primigenios, procurando solamente la satisfacción y el goce placenteros. Más sin embargo, la introducción del individuo en la cultura y su percepción de la realidad modificaron paulatinamente aquellos primeros procesos psíquicos, sustituyendo la obtención inmediata de placer por la representación de la realidad.

La asimilación del mundo exterior impone un nuevo orden de exigencias a la psique, permitiendo el desarrollo de facultades que puedan atender estas demandas, como el discernimiento o la razón. Estos son procesos psíquicos secundarios que se adquieren por influencia de la cultura. De tal manera que el individuo renuncia a aquellas pulsiones que puedan alterar su estabilidad anímica o su vida, para atender el llamado principio de realidad. Entonces, bajo el contexto social, la represión se presenta como un conflicto psíquico entre lo que el individuo quiere y lo que la cultura le exige o le está permitido, siendo percibida como una tensión entre el yo quiero y el yo debo.

En sociedad, la libertad instintiva se reduce a causa de las restricciones que impone el desarrollo cultural para conquistar sus metas e ideales. La cultura controla y limita el campo de acción tanto de los instintos sexuales como de los instintos agresivos. En los primeros ocurre cuando el “*amor de meta sexual*” donde solo dos se bastan, se coarta en favor del “*amor de meta inhibida*”, donde el afecto se extiende a los otros.

Dicha desviación en la actividad instintiva se presenta debido a la exclusividad que supone el amor de pareja, contrario a la finalidad cultural por la cual un número indeterminado de seres se vincula íntimamente. De esta manera se tejen limitaciones y tabúes sobre la vida sexual, con el fin de contener los deseos e impulsos de los individuos que contradigan ese amor fraternal. Con el amor de meta inhibida se modera el amor sexual, algo que encontramos paradigmáticamente en la religión, bajo el lema de “amar al prójimo”.

Los instintos agresivos son los que mayor amenaza representan para la sociedad, pues desatan la hostilidad entre los hombres y con ella la disolución del conglomerado social, su aniquilamiento. Por tanto, con el objeto de aminorar aquellas fuerzas instintivas, se implantan principios morales y normas que son enseñadas por el padre y posteriormente por la cultura. Pero un método más efectivo es el llamado sentimiento de culpa, que consiste en la desviación de la agresión que gustosamente quisiéramos ejercer hacia el exterior, volviéndola contra sí mismo en forma de autocastigo, pues recae sobre su propia fuente, el Yo, con la misma agresividad con la que pudo satisfacerse en otra persona.

Lo anterior ocurre cuando el individuo ha introyectado los principios y valores enseñados por el padre y la cultura, conformando así la conciencia moral, que en otras palabras, se trata de una autoridad interna que castiga no sólo las acciones indebidas o contrarias a los principios morales, también la sola intención de querer hacer algo inadecuado. Como vemos, la represión produce un estado de tensión en el hombre, pues debe renunciar a la satisfacción natural de sus impulsos; cuando el ser humano entra a formar parte de la civilización a través del principio de realidad, el principio de placer es relegado a un segundo plano, pero sin cancelarse definitivamente.

La renuncia a la satisfacción instintiva produce frustración en el ser humano, pues instintos poderosos quedan insatisfechos al no conseguir realizarse libremente. Cuando no es capaz de soportar el nivel de frustración que le impone la sociedad en aras de sus

metas e ideales, el hombre tiende a caer en la neurosis. La cual se origina cuando un impulso instintivo de carácter sexual es reprimido y sus componentes libidinales se transforman en síntomas. “La neurosis venía a ser la solución de una lucha entre los intereses de la autoconservación y las exigencias de la libido, una lucha en la que el yo, si bien triunfante, había pagado el precio de graves sufrimientos” (Freud, 1982, p. 3050). La represión será siempre la causa de del síntoma, pero no toda represión conllevará siempre a la formación de síntomas. Es por ello que el estudio de estas enfermedades mediante la praxis psicoanalítica llevaría a Freud a un mejor conocimiento de dicho conflicto represivo.

En la terapia psicoanalítica el objetivo es hacer consciente lo inconsciente, develando los recuerdos del paciente, pues los síntomas que padece estarían relacionados determinantemente a un suceso de su pasado, relación que además ignora y, que al volverla consciente hará desaparecer su enfermedad. Y sin embargo, el paciente opone una fuerte resistencia a la cura, al silenciar sus recuerdos más íntimos y vergonzosos durante la terapia, o negándose a creer en las conclusiones médicas. A esta energía que se opone inconscientemente a la cura, Freud la relaciona con la misma fuerza que en un principio debió provocarlo al ejercer la represión, en otras palabras, a mayor represión mayor resistencia. Como se ha visto, la represión se refiere a un conflicto psíquico en el que las fuerzas del Yo rechazan o contienen en el sector inconsciente aquellas pulsiones que ponen en riesgo su estabilidad. Por ello, es preciso comprender el conflicto represivo desde la metapsicología freudiana, es decir, su teoría de la psicología, donde se considera al aparato psíquico desde tres perspectivas: la tónica, la dinámica y la económica, a las cuales hemos venido aludiendo con anterioridad y a las que nos referiremos explícitamente a continuación.

Desde un sentido tónico, comprendemos al aparato psíquico como una estructura dividida en tres lugares, o sistemas provistos de cualidades y funciones diferentes. Bajo este punto de vista la represión vendría a ser un conflicto entre lo inconsciente, y lo preconscious y consciente, en tanto el sistema psíquico es concebido como un sistema

tripartito, pero funciona dinámicamente como oposición de fuerzas. En el inconsciente encontramos todas las tendencias psíquicas o pulsiones, que el hombre puede llegar a tener en el transcurso de su vida, y por ello constituyen procesos primarios de la estructura mental. Dichas pulsiones pretenden llegar a la conciencia en forma de satisfacción placentera; pero cuando el preconscious las juzga como no convenientes las reprime impidiendo que el deseo se manifieste conscientemente, por lo que la pulsión queda latente entre el sector inconsciente y consciente de la psique, en tanto queda latente no se cancela ni se olvida.

Por otra parte, hemos de advertir que Freud formuló dos tópicos a la largo de sus formulaciones teóricas. A partir de 1920 esta primera tópica fue sustituida por una segunda, conformada por el Ello el Yo y el Superyó. De este modo, el conflicto represivo se postula entre el Ello, polo pulsional fundamentalmente inconsciente, el Yo, mediador consciente, y el súper-yo, representante de las exigencias culturales que actúa asumiendo las funciones de la conciencia moral al juzgar y censurar de acuerdo a sus normas e ideales.

Desde una perspectiva dinámica entendemos que en el aparato psíquico existe una constante oposición de fuerzas y que la represión surge del conflicto entre fuerzas contrarias, las fuerzas del yo y las fuerzas del deseo. La represión consiste en el obstáculo impuesto por el centinela preconscious que actúa como juez, de manera tal que no siempre representa un obstáculo, pues discierne entre las pulsiones permitiendo el paso de algunas hacia el sector consciente donde alcanzarían la satisfacción placentera, de lo contrario serán censuradas o reprimidas.

Finalmente, bajo el punto de vista económico⁴, referente a la constante circulación de energía libidinosa en el aparato psíquico, la represión se halla relacionada con las

⁴ Ver apartado 2.4 - *La pulsión y la energía instintiva*, donde también se hace alusión a la perspectiva económica.

sensaciones de displacer emanadas de instintos poderosos que resultan insatisfechos y luchan por liberarse y conquistar la consciencia, ejerciendo una constante presión al aparato psíquico en aras de descargar su energía placenteramente: “Las más ricas fuentes de tal excitación interior son los llamados instintos del organismo, que son los representantes de todas las actuaciones de energía procedentes del interior del cuerpo y transferidas al aparato psíquico” (Freud, 1981, p. 2523). Los procesos psíquicos superiores, es decir aquellos procesos secundarios que obedecen al “yo coherente”, son los encargados de ligar o rechazar aquellas pulsiones instintivas. Cuando una pulsión es reprimida (rechazada) y obligada a permanecer inconsciente, conserva su energía pero sin dejar huella en la memoria, pues el proceso se lleva sin el conocimiento del yo⁵.

Puesto que “lo reprimido nunca se olvida” y se conserva de alguna manera en nuestra vida psíquica, puede volver a manifestarse bajo nuevas representaciones, pues el impulso instintivo es desviado de su meta primigenia y obligado a buscar caminos secundarios para desarrollarse, originando formaciones sustitutivas que le permiten una satisfacción parcial. Dentro de estas salidas secundarias encontramos: los actos fallidos, los sueños, los síntomas neuróticos y la sublimación.

Los actos fallidos, al igual que los síntomas o el sueño poseen siempre un sentido y una intención, que podemos comprender analizando la vida psíquica de quien los

padece. Los actos fallidos no son patológicos, pero son observables en todas las personas, y se producen cuando se hace algo distinto de lo que se debía hacer, por ejemplo, decir una palabra por otra, escribir algo diferente a lo que se debía, u olvidar algo temporalmente. En todo caso, son pequeños errores que padecemos en nuestra

⁵ Ver apartado 2.4 - *La pulsión y la energía instintiva*, allí se explica con mayor detenimiento la forma en la cual un impulso o pulsión es reprimido y logra conservarse en la vida psíquica, bien sea como recuerdo o energía.

vida cotidiana, pero que no son accidentes casuales y sin importancia. De hecho serían la expresión de que algún deseo ha sido reprimido. Lo que ocurre con los actos fallidos es que la intención latente del deseo reprimido sustituye por completo a la que debía manifestarse, de allí que un acto fallido deba su origen a la oposición de dos intenciones diferentes, así por ejemplo, cuando una persona saluda a un público despidiéndose, deja entrever que en el fondo no deseaba hacerlo. Aquí, la tendencia reprimida se manifiesta modificando la intención que debía realizarse (saludar recibiendo al público) por un deseo oculto.

El impulso reprimido también escapa momentáneamente al destino que le impone la represión en las representaciones oníricas. La vida psíquica nunca duerme, pues sobre ella actúan constantes estímulos a los que tiene que reaccionar. El sueño es la reacción a ese estímulo perturbador, pues procede de la influencia de deseos inconscientes y reprimidos que logran cargar una representación y manifestarse oníricamente, escapando a la censura impuesta por la vida diurna. Los sueños son cumplimientos de deseos insatisfechos, se basan en gran parte en las impresiones que dejaron ciertos acontecimientos en la vida; además disfrutan de una cierta indulgencia de la censura para con sus creaciones, pues escapan al principio de realidad y son dominados por el principio de placer. El sueño no reproduce el estímulo interno con exactitud, sino que lo elabora a su manera. De ahí que su interpretación nos lleve a develar su incognito sentido.

Otro de los caminos que el impulso reprimido toma es el síntoma neurótico, que es la formación sustitutiva de un proceso inacabado, de una tendencia inconsciente que no ha logrado realizarse ni conquistar la conciencia. El síntoma es la exteriorización forzosa del impulso reprimido, mediante la cual alcanza una satisfacción igualmente sustitutiva. Los síntomas son manifestaciones de ideas inconscientes que dominarían al enfermo, y por ello, están vinculados determinadamente a su pasado. Se debe añadir que los síntomas de los neuróticos obedecen a una misma tendencia, es decir, a la satisfacción de deseos sexuales que fueron reprimidos en algún momento.

Un ejemplo de lo anterior lo expone Freud en *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1984), cuando nos habla de las ideas obsesivas y de cómo estas ocultan un deseo que escapa y busca realizarse en el síntoma (el acto obsesivo). En ese caso se trataba de una mujer dispuesta a resarcir la virilidad del marido frente a su sirvienta, a quien llamaba constantemente a la habitación atrayendo su atención sobre una mancha roja en la alfombra, una muestra de la pérdida de su virginidad en la noche de bodas, la cual nunca se concretó debido a la impotencia de su cónyuge; en el fondo también retrataba la carencia de satisfacción sexual en su vida y el anhelo vehemente por poseerla. La causa de la enfermedad es la privación, pues se inhibe la realización de los deseos sexuales en la realidad.

Gran parte de la energía libidinosa que resulta inhibida en el camino hacia lo consciente, se invierte en actividades de otra índole, alejándola de su meta primigenia y natural, y repartiéndose entre los diferentes sectores del aparato psíquico mediante un proceso denominado sublimación, que sería otro de los destinos de la pulsión. “Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados” (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 415). Casi toda la energía que llena el aparato psíquico procede de los impulsos instintivos, pues este se ve obligado a sustraer de la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para sus actividades, y que no posee. La sublimación representa un papel muy importante en el desarrollo de la cultura, pues la energía instintiva es invertida en actividades psíquicas superiores, tanto científicas, como artísticas e ideológicas, que producen un cierto tipo de placer, es decir una satisfacción sustitutiva.

Para concluir, podemos decir que el conflicto represivo es un fenómeno psíquico que consiste en la constante oposición de fuerzas a partir del juego y la constante interacción entre las mismas, pues estas difieren en sus aspiraciones, y es puesta en movimiento por los instintos de autoconservación operantes en el Yo, en contraposición a las exigencias libidinosas y las tendencias agresivas. Una lucha que

termina por vencer el Yo, pero a costa de grandes sufrimientos. Aun así, las pulsiones inhibidas encuentran diversos caminos para su desarrollo.

En la medida en que un impulso instintivo resulta reprimido, su poder insatisfecho logra exteriorizarse de manera forzosa y momentáneamente bajo nuevas representaciones, o acciones sustitutivas, provocando ciertas alteraciones en la vida anímica; o es invertido en actividades alejadas de su naturaleza, como ocurre en la sublimación. Pero en todo caso, como menciona nuestro autor: “El instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción (...) Todas las formaciones sustitutivas o reactivas, y las sublimaciones, son insuficientes para hacer cesar su permanente tensión” (Freud, 1982, p. 2528).

CAPÍTULO III INSTINTO Y CULTURA EN NIETZSCHE Y FREUD

Con Nietzsche y Freud, el instinto toma el estatuto de principio y motor de las actividades humanas, impulsando incluso el desarrollo de la cultura. Ahora bien, como también resulta ser algo que se modifica bajo la influencia de variaciones determinadas por la selección natural y el medio, en *Genealogía de la moral* y *EL Malestar en la cultura*, se analizan aquellas implicaciones exteriores en el desarrollo del instinto, particularmente desde el ámbito social y cultural. En dicho medio, la naturaleza instintiva habría sufrido grandes transformaciones.

En ese sentido, para Nietzsche, aquel cambio puede vislumbrarse en el paso del animal hombre a lo humano, mediante un proceso de domesticación de los instintos, un ejercicio cruel llevado a cabo bajo distintas formas con el fin de criar un animal manso y civilizado; en Freud, aquella transformación aparece en el terreno psíquico como la imposición del principio de realidad sobre el principio de placer, en el

momento en el cual la actividad instintiva se coarta mediante el ejercicio de la represión, pues las demandas sociales y la supervivencia así lo ameritan.

A partir de dichas circunstancias se habría originado en el hombre un tipo de un malestar interno, un sentimiento de infelicidad y sufrimiento originado por la reducción de su libertad instintiva. Cuando el hombre entra a formar parte del conglomerado social parece estar obligado a renunciar a la realización completa de sus impulsos. Por tanto, al no poder realizarse, los instintos pugnan por liberarse e intensifican su fuerza, provocando un cierto tipo de tensión en el hombre. El sentimiento de sufrimiento y malestar interno deviene de aquel suceso.

Por otra parte, cuando Michael Foucault menciona que *Freud, Nietzsche y Marx* (2009) habrían volcado el ejercicio interpretativo sobre nosotros mismos, es decir, sobre los intérpretes, se refiere a que la mirada inquisitiva de los filósofos, se fijó en el hombre, develando una naturaleza hasta el momento poco abordada. Por ello, nuestros autores, particularmente Nietzsche y Freud, reflexionan en torno a los instintos. En este caso indagando su relación con la cultura y la sociedad.

3.1 – Instinto y Cultura en Nietzsche

Antes de comenzar, sería prudente describir de manera general la concepción nietzscheana de cultura. De acuerdo con Agustín Sánchez, esta hace referencia a todas aquellas invenciones o ficciones gestadas por la imaginación de los hombres en torno a la existencia –en un inicio más cercanas a ella, pero luego puramente metafísicas– y de las cuales estarían impregnadas las diversas culturas. Entre aquellas invenciones podemos considerar los ideales de igualdad, verdad, amor o justicia, incluida la moral y la razón. (1992. pp. 3-4).

Ahora bien, para Nietzsche, el sentido de toda cultura consiste en moldear al animal instintivo llamado hombre, mediante la domesticación, convertirlo en un animal manso y civilizado (1972, p. 56). Por eso, desde su perspectiva, en el momento en que el hombre entró en sociedad abandonando su pasado animal, se convirtió en un ser pacífico sometido a los criterios e ideales del todo comunitario, aunque dicho proceso conllevó un gran sufrimiento, al ser la crueldad y el castigo las principales herramientas para la domesticación, pues le recuerdan al sujeto su deberes y faltas para con la sociedad, que a cambio le brinda protección.

En consecuencia, el hombre fue hecho un ser ético, ajustado a la regla, con la capacidad de responder de sí mismo y de sus actos; con ello también consiguió el desarrollo de la inteligencia y la reflexión, pero a costa del debilitamiento de sus fuerzas instintivas, pues debió aprender a dominar sus deseos e impulsos más hostiles frente a las exigencias de convivencia social, de manera tal, que al no poder desahogarse hacia afuera éstos se volvieron hacia dentro y, en la medida en que se fueron interiorizando aquel mundo interno llamado conciencia tomó forma.

En *Genealogía de la moral* se puede observar la forma en la cual los instintos fueron introyectados apareciendo por vez primera el concepto de culpa, los conceptos también se complejizaron de forma abstracta hasta desvincularse casi por completo de lo corpóreo, lo terrenal, e incluso de la vida misma. En ese sentido, cuando el escritor hace un rastreo genealógico y etimológico de la moral, remitiéndose primero a la antigua Grecia, encuentra que allí, lo bueno se corresponde con las fuerzas activas propias de los hombres fuertes y valientes de casta noble o guerrera, en quienes el instinto se exterioriza en forma de voluntad activa con el suficiente poder para proclamarse sus acciones como “buenas”; lo malo, por el contrario, coincide con las actitudes del esclavo, hombres de menor rango debido a su debilidad para actuar, a su falta de voluntad. En este contexto, lo bueno y lo malo se determinan de acuerdo al carácter fisiológico de una voluntad que legisla, es decir, que viene determinado por la

fortaleza anímica y corporal, y que no se trata, en todo caso, de algo espiritual o del alma.

Las fuerzas activas, propias de las estirpes guerreras –sean griegas, vikingas o germánicas– son capaces de establecer una oligarquía del organismo, un gobierno de sí mismo e incluso de los otros. Es más, su instinto de dominio habría llevado a la conformación de las primeras comunidades, tal y como se menciona en la *Genealogía*, pues la sociedad se construyó con violencia, aquellos seres más fuertes sometieron a los más débiles y los gobernaron con tiranía. Estos primeros “artistas” (Nietzsche, 1972, p.111) de la sociedad debieron erguirse sobre las manadas aun errantes hasta subyugarlas, así moldearon su obra, gracias a la capacidad organizadora de su fuerza superior, fruto de la fuerza creadora que impera en ellos, egoístas por naturaleza, libres de toda culpa o remordimiento.

Tampoco puede olvidarse que dentro de la casta noble griega también se encuentra la casta sacerdotal, y si bien se halla en un rango superior al de los esclavos, es menos fuerte y aguerrida que la nobleza guerrera, además, debido a sus preceptos de lo “puro” y lo “impuro”, también resulta impotente al actuar en este mundo. En los esclavos y la aristocracia sacerdotal, el instinto carece de fortaleza o actividad, por lo cual, su voluntad es pasiva, en los primeros debido a su carácter y en los segundos a causa de los preceptos para regir sus actos. En vista de la impotencia y la debilidad para actuar como lo hacía la casta guerrera, la casta sacerdotal en alianza con los plebeyos dan lugar a la “transvaloración de los valores”, haciendo que lo que antes era malo (lo plebeyo) ahora sea bueno y lo que antes era bueno (la nobleza) ahora es malo. Tal transvaloración de los valores es legitimada de manera posterior, por los judíos quienes son el pueblo sacerdotal por excelencia y heredado después por el cristianismo.

Aquel sentimiento de debilidad propio de los sacerdotes se transforma en resentimiento por no ser como los otros, y constituye el motivo para transformar y crear nuevos juicios mediante la valoración, como una forma imaginaria de desquite en contra de las estirpes guerreras y su rastro de barbarie, al designarlas como malvadas, mientras el bueno es el miserable, el pobre o el violentado. Pero es con la aparición del cristianismo en la cultura de occidente donde se albergaría el mayor resentimiento en contra de los fuertes y aguerridos; incapaces de exteriorizar su odio, lo enfocan en la creación de un bien supremo: la pureza del alma para alcanzar una vida sin sufrimiento en el cielo.

Con el fin de conquistar dicha meta, los cristianos se niegan a todo placer o tentación de la vida, hasta el punto de volverse unos mansos corderos y adquirir una voluntad reactiva que siempre necesita de la intervención de una fuerza divina o superior para regir sus actos; siendo incapaces incluso de abordar la justicia por sus propias manos, o de vengarse –como lo haría el guerrero –, por el contrario, condena a sus opresores – “*aves rapaces*” – a la tortura perpetua en un infierno creado por su imaginación, un tipo de justicia divina impartida por Dios.

En este sentido, a la cultura le conviene la religión, pues sus valores reactivos apaciguan los impulsos que tanto perjuicio puede causar a la comunidad. Mediante sus preceptos la moral cristiana convirtió al hombre en un ser cada vez más débil, manso, prudente y hasta mediocre; ya no le interesa ser fuerte o superarse a sí mismo, y no le teme al hombre, sino a Dios. De acuerdo con Nietzsche, ha sido justamente la moral la culpable de que el hombre jamás haya alcanzado su máximo potencial (1972, p. 28), y por el contrario hayan triunfado las actitudes débiles, mientras aquellas donde primaba la fortaleza, la valentía e incluso el egoísmo y la crueldad, fueron decayendo como las representantes de lo bueno conforme la casta de las estirpes guerreras junto a su poder de designación se derrumbó.

Sobre este punto, cabe resaltar que para nuestro autor, el lenguaje se presenta como una forma de exteriorización del poder de quienes dominan, de ahí que en sus orígenes lo bueno estuviera ligado a los rasgos de carácter del fuerte y el noble guerrero (Nietzsche, 1972, p. 38), y no a la búsqueda de un ideal ascético de pureza que niega la naturaleza instintiva. Los preceptos impuestos por la moral han perjudicado el bienestar del cuerpo al querer volver pura el alma; actúan en contra de los sentidos, los deseos, las pasiones y toda la naturaleza humana, al obviar o poner en menor rango las percepciones y los instintos, particularmente aquellos que despiertan la hostilidad y la crueldad en el hombre.

Si bien el hombre es un ser cruel por naturaleza y expresa esa actitud en el placer de contemplar el sufrimiento o provocarlo, exteriorizando la crueldad en una fiesta de los instintos, tal y como se hacía en las primeras comunidades al pagar la deuda con sangre, donde el hacer sufrir era un derecho propio de señores; aquel instinto de crueldad al igual que el de libertad y dominio, reblandecen conforme el hombre cede a la domesticación cultural.

En las comunidades primigenias, el placer en el dolor y aquella inocente maldad desinteresada del hombre, junto a la crueldad con que se castiga al enemigo en señal de venganza o retribución, hicieron del sufrimiento la gran alegría festiva de la humanidad. El sufrimiento antes de la invención de los dogmas morales no podía dejar de practicarse de distintas maneras, pues solo así el hombre era seducido a vivir el rango de superioridad—a extender su voluntad. En este periodo, la pena también era utilizada para proteger de los instintos libres a la comunidad (Nietzsche, 1972, p. 109), actuaba como un bastión al ejercer castigos brutales en contra del animalhombre.

Pero conforme las comunidades fueron creciendo y refinándose cada vez más, aquellas actitudes donde el sufrimiento era parte esencial de la vida, obtuvieron una

mirada pesimista; la violencia excesiva también fue disminuyendo, principalmente porque el hombre se volvió más humano, hasta el punto de perder interés en el delincuente o el deudor, a quien ahora se le otorga un derecho penal, además de ser la sociedad quien imparte justicia. Aquí, la pena adquiere otra finalidad, la de causar temor al sometido, pues lo vuelve más avisado en cuanto este se juzga a sí mismo a través de la insatisfacción del intelecto y adquiere un nuevo compromiso, el de no actuar instintivamente, dosificando su naturaleza (1972, p. 107).

Si bien los bastiones sociales y la moral han “conseguido” refrenar la actividad instintiva, la agresividad y la crueldad connaturales al hombre no se eliminan. “Ese instinto de la libertad, vuelto *latente* a la fuerza” (Nietzsche, 1972, p. 112) vive en constante sufrimiento al no poder exteriorizarse, hasta el extremo en el que escaso de enemigos aquel animal enjaulado ha tenido que volver la crueldad contra sí mismo, agrediéndose al no poder agredir a otros. En palabras del mismo Nietzsche: “Todos los instintos que no se desahogan hacia afuera se vuelven hacia dentro —esto es lo que yo llamo la interiorización del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su alma” (1972, p. 109), o en todo caso, su conciencia.

Aquel mundo interior creado a base de sufrimiento fue el causante de que el hombre padeciera por sí mismo y contra sí mismo en una lucha incesante declarada a sus más básicos instintos, a quienes busca dominar a toda costa. Por consiguiente, la finalidad de la domesticación instintiva llevada a cabo por la tradición de la cultura occidental, es la de crear consciencias mediante la interiorización y el control de los impulsos más latentes o perjudiciales, como los instintos de crueldad, libertad, o dominio.

Es más, a la sombra de toda “metafísica religiosa”, de los ideales ascéticos o las verdades eternas e inmutables, el ser humano terminó por avergonzarse de su naturaleza

instintiva. Y de esto la tradición filosófica del pensamiento occidental parece estar empapada, según Nietzsche, quien en el tratado tercero de *Genealogía* se cuestiona por el significado de los ideales construidos en el mundo, debido a la necesidad humana de postular una meta por el “horror al vacío”. El hombre se forja este objetivo en su voluntad para liberarse de alguna tensión –generalmente provocada por los instintos – y alcanzar un fin espiritual o moral, asequible desde un particular estilo de vida adaptado a la renuncia de hábitos o tendencias e impuesto a sí mismo y a su rebaño.

Aquí nos referimos al “filósofo sacerdote”, creador y portavoz del ideal ascético, reflejado con mayor expresividad en la frase kantiana: “existe un reino de la verdad y del ser, pero ¡justo la razón está excluida de él!” (Nietzsche, 1972, p. 154). El “filósofo sacerdote” menosprecia la vida junto con sus placeres, los que comienza a buscar a la luz de un mundo metafísico e inexistente fundado por su propia voluntad en un acto contemplativo de trascendencia. La conexión del ideal ascético con la filosofía resulta así insoslayable, dada su condición larvaria en la figura del sacerdote.

En las comunidades primigenias el primitivo filósofo –el filósofo sacerdote– deambulaba solitario entre las calles, despreciado por sus congéneres, quienes aprendieron a temerle en todo caso por su drástico ascetismo: el ejercicio de la crueldad contra sí mismo y los otros, con el fin de alcanzar su invención metafísica. Aquella doctrina busca la perfección en el sacrificio de la vida; ese odio contra uno mismo fue la opción de lo débiles e impotentes que al no poder satisfacer su deseo de crueldad y dominio lo interiorizaron contra sí mismos. Nos dice Nietzsche, que este martirio fue considerado un ideal al darse la transvaloración, pues se rechazó la realidad de este mundo como algo negativo, como un simple puente hacía la otra realidad. La estirpe sacerdotal es así incapaz de adherirse al intenso flujo de la vida, para ellos resulta un camino errado que solo podrá redimirse con el advenimiento del mundo ideal, pues

como sentencia Nietzsche: “el hombre prefiere querer incluso la nada a no querer” (1972, p. 205).

En tal sentido Nietzsche aboga por eliminar este tipo de moralización, en la cual se concibe la mala conciencia como el autosacrificio de los instintos, pues al ver en sus inclinaciones una forma de insurrección en contra de Dios, el hombre las inhibe castigándose a sí mismo, se siente culpable. No obstante, si retrocedemos hasta los griegos, la mala conciencia no se alberga en ellos, pues la alejaban trasladando la culpa a sus dioses, así justificaban sus acciones y fundamentaban lo malo, mediante la libre voluntad que caracterizaba a sus deidades, haciéndolas iguales a los hombres, no superiores. De esta manera, nuestro autor aboga por un tipo de cultura que incite a vivir, a exteriorizar la naturaleza en lugar de enjaularla de forma insana, hasta el límite de transformar al hombre en un animal *enfermizo* que se roe a sí mismo.

En resumen, podemos decir que el instinto, en tanto es concebido como una fuerza natural e inherente al hombre, manifiesta su poder de forma activa en los rasgos y actitudes propios de la casta guerrera griega, que impulsada por su afán de dominio se impone sobre las naturalezas más débiles gobernándolas; además, su poder de designación la lleva a proclamarse a sí mismas y sus acciones como lo bueno, en contraposición a lo débiles. Por el contrario, en el hombre de voluntad reactiva –tanto de los plebeyos como de los miembros de la casta sacerdotal, o del hombre ético–, el instinto resulta impotente al actuar, refrenado por las exigencias sociales o los valores morales de la cultura, y encontrándose así a merced de una fuerza superior como un animal enjaulado en los barrotes de la conciencia, no puede actuar ni valorar de forma autónoma. Es en el resentimiento engendrado por la impotencia de quienes no pueden ejercer su instinto de libertad, donde se gestan aquellos ideales antinaturales bajo los cuales la vida misma fue desvalorizada. Poéticamente Nietzsche menciona al respecto: ¡Oh demente y triste bestia hombre! ¡Qué ocurrencias tiene, qué cosas antinaturales,

qué paroxismo de lo absurdo, qué *bestialidad de la idea* aparecen tan pronto como se le impide, aunque sea un poco, *ser bestia de la acción!* (1972, p. 119).

3.2 – Instinto y cultura en Freud

La búsqueda de placer es una meta primigenia *propia* de los instintos inherentes al hombre —el instinto es energía libidinosa que al sobrecargarse busca de manera inmediata su descarga en la gratificación placentera—. Ahora bien, en las primeras etapas de la vida del infante dicha finalidad gobierna las actividades psíquicas, inclinándolas solo a la obtención de placer y evadiendo así cualquier tipo de sensación displacentera proveniente del exterior. Pero es debido al encuentro con la realidad que gradualmente el niño aprende a discernir lo interior (estímulos internos) de lo exterior (causado por el mundo). Esta capacidad de discernimiento le permitirá sustraerse de aquellas sensaciones desagradables o amenazantes, y a la vez será determinante en la asimilación del principio de la realidad.

Para 1911 Freud planteaba en su texto titulado *Los dos principios del funcionamiento mental*, que la vida humana estaba constantemente jalonada por dos principios: el Principio del Placer que refiere a todas aquellas tendencias instintivas que buscan la satisfacción y, el Principio de la Realidad que atiende a todas las exigencias y normas sociales que yo debo acatar por vivir en sociedad. El principal objetivo del principio de placer es conquistar el placer y alejar el sufrimiento, esa sería la meta en la vida de todo ser humano: evitar el dolor y el displacer y por el contrario procurar experimentar sensaciones intensamente placenteras, aunque esto no siempre sea

posible, y más bien estemos expuestos al sufrimiento, pues nuestros deseos y aspiraciones parecen estar limitados por un medio hostil y amenazante.

La introducción del principio de realidad sobre las actividades psíquicas se realiza en la medida en que el individuo percibe y asimila el mundo exterior hasta aceptar sus condiciones y adecuarse a ellas. El yo regido por el principio de realidad tiende hacia lo útil y se asegura ante todo posible daño u amenaza. Con la irrupción de este nuevo principio la actividad psíquica se configura hasta representar lo real, renunciando a la búsqueda de cualquier tipo de placer de consecuencias inseguras. Aunque de hecho, el hombre no renuncia por completo a la satisfacción instintiva, tan solo la aplaza y la re-dirige por caminos más seguros. Por otro lado, el paso del animal-hombre al hombre-civilizado coincide con el paso del principio del placer al principio de la realidad, lo que exige que la satisfacción instintiva sea postergada en aras de la satisfacción de las necesidades vitales y culturales, ya que el individuo debe adaptarse a la realidad y a la vida social.

La incursión del hombre en la sociedad se desarrolló históricamente en el momento en el cual nuestros primitivos antecesores también debieron renunciar a su libertad instintiva para conformar una pequeña comunidad donde encontrar refugio y bienestar, una asociación que les permitiera trabajar para satisfacer las necesidades básicas vitales y unirse en parejas para asegurar la reproducción de la especie y conformar las primeras familias. Posteriormente se formarían las primeras sociedades civilizadas, alcanzando todas aquellas producciones e instituciones culturales, creadas para proteger al hombre contra las adversidades naturales y mantener la relación entre las personas.

Así pues el hombre aprende a vivir bajo el principio de la realidad, atendiendo las demandas sociales y los valores y normas establecidos culturalmente. Las nuevas exigencias impuestas por el principio de realidad modificaron el aparato psíquico con una serie de novedosas adaptaciones, desarrolladas a partir de los estímulos provenientes del mundo exterior, que aumentaron la agudeza perceptiva de los órganos

sensoriales, e influyeron así en el desarrollo de la conciencia y de otras facultades similares vinculadas al mundo exterior, tales como la atención, la memoria, el discernimiento y el pensamiento. Dichas facultades serían las encargadas de ligar o rechazar los impulsos internos, de permitir su libre realización o de inhibirlos cuando emergen en búsqueda de un objeto de satisfacción.

La evidente oposición que vemos entre el Principio del Placer y Principio de la Realidad, encuentra también su expresión en la formulación dualista de las teorías de los instintos. Ciertamente lo que hay es una dinámica u oposición de fuerzas que explican con celeridad el funcionamiento del aparato psíquico. Para 1910 ya formulaba Freud la primera teoría de los instintos contraponiendo los instintos sexuales y los instintos del yo o de la subsistencia, y encontrando en ellos una diferente finalidad: la de obtención de placer y la satisfacción de necesidad básicas.

Si bien durante la primera etapa de la infancia los instintos sexuales y los instintos de autoconservación aparecen juntos revistiendo al yo y envolviendo un mismo objeto de satisfacción, como ocurre durante el periodo de lactancia donde placer y el alimento lo encuentran bajo el seno materno; muy pronto, la separación del niño frente a la madre al reconocerla finalmente como otro distinto a sí, y, la percepción gradual del mundo externo, dividen y distancian esta actividad instintiva. Así, mientras los instintos del yo o de autoconservación se vinculan con los procesos de carácter consciente que atienden a las condiciones reales del mundo externo; los instintos sexuales buscan la satisfacción placentera vinculándose con la fantasía, una facultad mental que si bien pertenece al principio de realidad escapa a su mandato y se relaciona con el principio de placer.

Posteriormente vendrían nuevas formulaciones de la teoría de los instintos, en la medida que para Freud era necesario adecuar la teoría a los nuevos descubrimientos clínicos y terapéuticos, por lo que sólo hasta el año de 1920 en su texto *“Más allá del*

Principio del Placer” Freud expondrá una nueva y definitiva teoría de los instintos expresada como el dualismo entre los Instintos de Vida o Eros y los Instintos del Yo. Aquí, todas las formulaciones instintivas anteriores –referidas a los instintos del Yo y los instintos sexuales– quedarán inscritas bajo los “instinto de vida”, debido a la característica fundamental que los une: la tendencia a la conservación y creación de nuevas unidades de vida cada vez más complejas, que aseguren la vida misma. Bajo Eros, los instintos sexuales aseguran la reproducción humana y los instintos de autoconservación se esfuerzan por la supervivencia de la especie; en dicho sentido, los dos representan un pilar fundamental en la construcción de la vida humana y de la cultura.

Por ello, el proyecto de Eros coincide con el proyecto cultural, quiere asegurar la no destrucción de la vida ni de la cultura. Freud refiere a Eros y Ananké como los padres de la cultura, en tanto el deseo de satisfacción sexual por el cual se consigue la reproducción de la especie, impulsa a conformar la familia; y gracias a la necesidad de satisfacer el hambre y las necesidades vitales que llevan a los hombres a aliarse en el trabajo y crear los bienes de la cultura, aseguran la supervivencia del hombre. Aun así, amor y cultura se oponen, pues en primera instancia los instintos sexuales exigen la exclusividad de pareja para sentirse realizados en el placer instintual, por lo que la cultura deberá reprimir aquel “amor de meta sexual”, el amor de dos, desviándolo hacia un “amor de meta inhibida”, es decir, en la posibilidad de amar a los otros de manera fraternal y universal, desde el amor a los hijos, a la familia, a la comunidad hasta el amor universal del *Ágape*. Siendo así, “la cultura se trata de un proceso puesto al servicio de Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones” (Freud, 1982, p. 3052).

No obstante, aquella pulsión amorosa que impulsa a la humanidad a agruparse y formar la cultura con el fin determinante de ampliar la vida, encuentra su mayor

obstáculo en los “instintos de muerte” –la innovadora postulación en aquel escrito de 1920–, que de manera silenciosa tienden hacia la aniquilación de aquellas unidades vitales en la búsqueda por retornar al estado anterior a la vida: a la no vida o lo inorgánico, y se expresan secundariamente, en forma de agresión o destrucción, amenazando con desintegrar las relaciones sociales y su vínculo racional, pues “el hombre es un lobo para el hombre”, su naturaleza agresiva lo impulsa a actuar con poco respeto hacía su propia especie y la naturaleza. Más bien, tiende a satisfacer su agresividad en el otro, quien no solo es un objeto sexual o un colaborador, también es su enemigo; en el dominio sobre el otro y la naturaleza satisface aquellos deseos arcaicos de poder y omnipotencia, que fuera de control pueden llevar a la destrucción de la vida. Ante dicho panorama, el sentido de la evolución cultural se presenta como una lucha de la especie humana por la supervivencia; a nivel instintivo en la constante pugna entre los instintos de vida y los instintos de muerte o destrucción (Freud, 1982, p. 3053).

Debido al constante peligro que los impulsos instintivos inherentes al hombre suponen para los ideales de la cultura, esta se encuentra obligada a regular las relaciones humanas en todas sus formas –sociales, familiares, sexuales, laborales etc. –, con en el objeto mantener reunida a una mayoría poderosa de personas, pues la existencia de la cultura implica necesariamente la relación humana. De ahí que la sociedad implante diversos preceptos y normas para tratar de inhibir aquellas inclinaciones opuestas a la cultura.

La cultura controla la exclusividad del amor de pareja, estableciendo restricciones, leyes o tabúes sobre la vida sexual, en su afán por vincular a un mayor número de seres a través de lazos libidinales. Eros funde a dos personas en una, pero las exigencias culturales implican necesariamente la relación entre un número mayor de personas; para reforzar los lazos de amistad e identificar a los hombre entre sí, se enseña al ser

humano a amar a los otros, como lo sugiere la religión de “amaos los unos a los otros” o “amarás al prójimo como a sí mismo”, por ejemplo.

Estos vínculos amorosos se caracterizan por estar coartados en su fin: el placer sexual. En aquellos “lazos libidinales”, como les llama Freud, el fin de la libido es coartado para reforzar aquellos lazos de amistad, más duraderos y útiles. A pesar de los cambios impuestos, aquel impulso amoroso sigue ejerciendo gran influencia en el ámbito cultural, tanto en su forma primitiva sin abandonar la exclusividad del amor sexual, base de las familias, como bajo su transformación en un cariño coartado en su fin. En las dos circunstancias el impulso amoroso responde a la finalidad de los instintos de vida: ampliar la vida.

Si nos referimos a los cambios que impone la cultura a las disposiciones instintuales del hombre, en el caso de los impulsos sexuales o bien se concretan, o se reprimen, o bien se subliman invirtiendo la energía propia de estos instintos en procesos y bienes socialmente útiles. Hablamos entonces, para el último caso, que la sublimación represiva, es un proceso psíquico donde la energía libidinosa que resulta inhibida en el camino hacia su realización consciente, es invertida por el yo en otras labores: científicas, filosóficas, artísticas, etc. De ahí deviene la creación de sistemas religiosos, de las especulaciones filosóficas, o los ideales de perfección humana, del bien, la verdad, la igualdad o la belleza.

La sublimación de los instintos en actividades intelectuales, artísticas, o mediante el goce de la belleza, produce un tipo de satisfacción sustitutiva y mediada, una especie de felicidad o conquista cultural, diferente de la satisfacción inmediata por la obtención del placer. En tal sentido sostiene Freud:

Por ahora hemos de limitarnos a decir, metafóricamente, que nos parecen más «nobles» y más «elevadas», pero su intensidad, comparada con la satisfacción de los impulsos instintivos groseros y primarios, es muy

atenuada y de ningún modo llega a conmovernos físicamente (1982, p. 3027).

La cultura no solo impone renuncias a los instintos sexuales, sino también a los impulsos agresivos derivados del instinto de muerte. Son estas actitudes hostiles y violentas las que afectan la relación entre los individuos, pues los ideales por la construcción cultural y el aseguramiento de la vida humana se contradicen frente a la innata agresividad del hombre.

A fin de que la cultura y la vida logren asegurarse, es preciso acudir a un recurso particular donde la agresividad que gustosamente buscaría exteriorizarse hacia el otro, bien porque lo considero mi enemigo o mi competencia, es re-dirigida hacía el propio yo con la misma dura agresividad que lo haría hacia el exterior. En este proceso de introyección de la agresión, se forma el súper yo, una instancia psíquica que representa todos los ideales culturales, las normas y preceptos que se han interiorizado y que su no cumplimiento generan la mala conciencia. De acuerdo con Freud:

La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de super-yo se opone a la parte restante, y asumiendo la función de la conciencia (moral), despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños (1982, p. 3053).

A la tensión resultante entre el *super-yo* y el yo sumiso se la llama *Sentimiento de culpa* y se expresa bajo la necesidad de castigo ante cualquier impulso o deseo que contravenga con los mandatos sociales. De esta manera la cultura debilita al hombre internamente, al hacerlo observar o vigilar por una instancia alojada en su psiquis que ejerce una actitud punitiva y que funciona como autoridad interna a la que hay que obedecer.

El sentimiento de culpabilidad se caracteriza por el miedo al *super-yo*, pues ante él, el deseo que contraviene la norma no puede ser ocultado y la culpa persiste como necesidad de castigo. Sin embargo, primero debe haber un reconocimiento de lo malo, en el sentido de ser lo incorrecto, como algo imputable y por tanto impracticable. Tan solo cuando el individuo ha interiorizado la autoridad externa con todos sus valores y normas, estableciendo la conciencia moral, se puede hablar de un verdadero sentimiento de culpa.

Ante la autoridad externa, social o paternal, el castigo puede eludirse absteniéndose de realizar ciertos impulsos, en todo caso por miedo a la pérdida del amor o la protección social. Pero ante la autoridad interna ningún deseo escapa. La culpa coarta la agresión instintiva procedente del interior, y seguidamente la cuestión se invierte y toda nueva renuncia instintual se convierte en la fuente dinámica de la conciencia moral, al aumentar la severidad y exigir nuevas renunciaciones.

La finalidad de aquellos límites y normas establecidos para coartar a los instintos y así regular las relaciones humanas tanto a nivel externo como a nivel interno –con la introyección de valores y preceptos morales –, se realiza con el fin de garantizar la supervivencia de la especie, asegurar el progreso en la cultura y así alcanzar aquellos ideales que la cultura se ha forjado. En ese sentido, el progreso cultural se basa en la pérdida de felicidad por la continua represión de los deseos tanto sexuales como agresivos, así como por el aumento progresivo del sentimiento de culpa, pues al privar de su realización a los impulsos instintivos, se intensifica la tentación, el deseo por realizarlos, entonces, la conciencia moral debe restringir con mayor fuerza su paso, volviéndose cada vez más severa. Históricamente esto ha producido un trastorno general en la humanidad, ya que el individuo siente malestar de vivir en la cultura debido a las limitaciones a las cuales es sometido, primero a través de una autoridad externa, bien en la figura del padre o el educador y luego reforzada por la autoridad interna del superyó que controla, vigila e impone la conciencia moral.

Ante dichas circunstancias culturales, el medio social se convierte en una de las mayores fuentes del sufrimiento humano; a pesar de representar bienestar y seguridad, el individuo se muestra hostil a la cultura, sintiéndose infeliz dentro de ella, y muchas veces deseando regresar a su estado primitivo, donde poseía una mayor libertad instintiva. Según menciona Freud (1982): “la satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de un intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades” (p. 3026).

CAPITULO IV

ACERCAMIENTOS Y DIFERENCIAS.

4.1 – Observaciones finales

Dentro del discurso teórico de la filosofía vitalista elaborado por Nietzsche, así como en las postulaciones del psicoanálisis freudiano, el instinto resulta ser un concepto prioritario. En las dos concepciones se convierte en una herramienta teórica que adquiere mayor relevancia conforme los autores configuran sus postulaciones. Por tanto, si finalmente comparamos la definición que cada uno construye alrededor del término, encontramos ciertos acercamientos y diferencias en cuanto a su significado, funciones y características, los cuales se analizarán a continuación.

1) En primera instancia, podría decirse que para nuestros autores, el instinto es comprendido como una fuerza inherente a la naturaleza y siempre con miras hacia su realización, manifestándose bajo la forma de un impulso o deseo que irrumpe de manera deliberada en la actividad normal, y animando muchas de nuestras actividades. El hecho, es que el instinto se halla en relación con la sensibilidad y la irritabilidad

corporal. Y en dicho sentido, es concebido como la energía natural del hombre, el motor fundamental de sus acciones.

Para el filósofo de Röcken, el instinto (*Instintik*) aparece como una fuerza perteneciente a todos los seres vivos, una especie de energía creativa que tiende a incrementarse de manera constructiva, pues actúa como guía al impulsar el desarrollo fructífero y espontáneo del ser vivo. En el hombre, aquellas fuerzas se expresan en el carácter, las pasiones, los deseos, la sensualidad, e incluso la crueldad, aspectos connaturales y vitales para su existencia. Es la intensidad de la energía instintiva la que lleva a los seres a ir más allá de sí mismos, expandiendo su fortaleza en forma de voluntad de poder y crecimiento.

Los instintos habitan el cuerpo y su actividad es vital para el ser humano, dado su potencial creador y transformador. En clave dionisiaca y apolínea, ello se traduce en la excitación interna, lo dionisiaco, que irrumpe en el orden y el equilibrio creado por lo apolíneo, con el fin de expandir su potencial. De esa manera el individuo se fragmenta hacia lo impulsivo, pero también reconoce el caos interno, siendo capaz de transformarse a sí mismo⁶. La vida misma puede entenderse como un impulso incesante de continua superación.

Desde las ciencias naturales, Freud se refiere al instinto como un impulso interno del organismo que irrumpe con sus fuerzas en la actividad psíquica, detonando ciertos comportamientos. El término se define entre lo anímico y lo somático, haciendo alusión a estímulos de tipo endógeno que nacen de las células del cuerpo provocando ciertas necesidades como el hambre o la sexualidad (Assoun, 1984 pg. 86); alteran el aparato anímico imponiendo una labor específica para su realización.

⁶ Lo dionisiaco destruye todos aquellos pequeños círculos creados por lo apolíneo y denominados individuos, al llevarlos cada vez más alto y cada vez más lejos. Lo dionisiaco quiere la naturaleza en su fuerza máxima, busca retroceder al individuo a las profundidades de la misma. (Nietzsche 1973, pp. 83-98)

Para el autor del psicoanálisis prima el carácter energético del instinto desde la pulsión⁷, que se origina en el sector inconsciente de la psique y trata de irrumpir en lo consciente en búsqueda de un objeto sobre el cual descargarse placenteramente. La pulsión puede tomar diversos caminos para su realización, cargando bien sea una representación mental o un objeto del mundo externo. Por tanto, es energía que puede invertirse en múltiples actividades, así motiva el funcionamiento del aparato psíquico.

Otra de las características principales del instinto freudiano es la irritabilidad – también presente en el instinto Nietzscheano–, el aumento de los niveles de intensidad de la pulsión por los cuales una acción particular es llevada a cabo, y al ser de procedencia somática nunca cesan, buscando siempre su realización e incluso forzando la descarga de energía. Aun así, a pesar de ser el motor fundamental que sostiene toda actividad psíquica, la pulsión es un impulso que no crea (Assoun, 1984 p. 88) –en comparación a la visión nietzscheana–, la acción realizada solo corresponde a una demanda fisiológica del organismo, algo impuesto de forma displacentera, pero que tiende al placer.

2. En esa dirección, podríamos aventurarnos a decir, que es en este tema, el de la irritabilidad del instinto, donde se encuentra un punto de inflexión en los autores. Para Nietzsche, el aumento de energía interna representa un potencial de fuerza en expansión, expresándose como voluntad de crecimiento y superación, siendo capaz de crear y valorar en la medida en que las fuerzas instintivas establecen una oligarquía del organismo y de sí mismo. Sin duda, ello implica el reconocimiento de la naturaleza trágica de la vida y del propio ser.

⁷ Ver apartado 2.1 - *La pulsión y la energía instintiva*.

En Freud, ocurre que el destino de muchas de las pulsiones es decidido por los sistemas psíquicos superiores, pues en el camino hacia su realización, un impulso o pulsión puede ser rechazado o reprimido por el *súper yo*, de forma tal que dicha energía busca nuevas formas para descargarse o es invertida en actividades de otra índole. Esto, porque el aparato anímico tiende a mantener en cero los niveles de excitación, liberándose de cualquier tensión.

Desde la perspectiva nietzscheana, es el instinto el que verdaderamente gobierna y se sobrepone a la conciencia racional, rebasa estos límites e impone su propia actividad constructiva. No se trata de una simple función del organismo o su circunstancia, sino de una actividad vital e independiente que se desarrolla en el interior del cuerpo de forma activa, de manera tal que su dominio se ve manifiesto en la naturalidad del ser, o también en el equilibrio anímico, la fuerza de carácter y el poder de valoración poseído por el hombre, así como en los guerreros de la antigua Grecia, o en el artista y su capacidad de crear y transformar. Esto desde una mirada estética del instinto.

3. Otro punto en el cual nuestros autores también pueden compararse, es en la exposición de un dinamismo conflictivo entre las fuerzas instintivas, la dualidad de instintos que obligados a coexistir entre sí, pugnan por realizarse cada uno de acuerdo a sus particularidades. Este aspecto se encuentra presente tanto en el discurso filosófico de Nietzsche como en la teoría de los instintos de Freud. En el primer caso se resaltan el instinto apolíneo y dionisiaco; en el segundo, se puede afirmar que existe una dinámica presente en la teoría de los instintos y que además el aparato psíquico se comprende como el conflicto de dos fuerzas en oposición.

Para el filósofo vitalista, lo apolíneo y lo dionisiaco hacen referencia a dos fuerzas creadoras derivadas de la naturaleza. Mientras la primera tiende hacia lo formal, lo figurativo, representando la cordura, el sueño, las apariencias, el orden; la segunda, por el contrario, tiene que ver con la intensidad de lo sensible, la embriaguez de las pasiones y el deseo. Cada una encuentra placer en su actividad, bien sea mediante la creación de

la belleza o en el éxtasis de los sentidos. En todo caso, se trata de dos fuerzas artísticas y principios fundamentales de la vida en constante disputa. Mientras el primero crea el orden y establece el equilibrio humano, el segundo irrumpe con la fuerza destructiva de lo sensible mostrando su poder de transformación. Esta sería la dinámica sostenida entre el instinto apolíneo y el instinto dionisiaco, caminan uno al lado del otro buscando establecer un dominio particular, pero excitándose entre sí y motivando el desarrollo de la vida.

Por su parte, el autor del psicoanálisis, formuló diferentes teorías de los instintos a lo largo de su carrera, procurando mantener una dinámica de fuerzas por la cual explicar los diversos conflictos de la psique y posteriormente de la cultura. Esta dinámica se expresa cuando los instintos chocan en el camino hacia su meta, debido a sus opuestas aspiraciones. Un conflicto que puede vislumbrarse bajo el fenómeno de la represión, donde aspiraciones placenteras se suspenden en razón de las circunstancias reales y sus exigencias.

En la formulación de su última teoría, que sería la más influyente, la dinámica conflictiva se presenta de la siguiente manera: el instinto de muerte tiende a la destrucción de aquellas unidades vitales creadas por Eros, buscando retornar a lo inorgánico. En este punto de su reflexión, la vida misma se encuentra jalonada por Eros y Tánatos, en un conflicto cósmico reflejado en la creación y destrucción de las unidades vitales, algo muy similar a lo postulado por Nietzsche, pues desde su perspectiva, la realidad y todo lo existente se atribuye a la lucha constante de las fuerzas instintivas. La vida misma se supera en aquel ciclo perpetuo de creación y destrucción. Lo que crea lo apolíneo, las apariencias, la realidad, lo bello, los sueños; lo dionisiaco lo destruye para volver a crear desde las fuerzas de la naturaleza, desde el dolor y la tragedia que incitan nuevamente a vivir, pues el sufrimiento es necesario cuando se quiere ser o transformarse.

4. Otra de las cuestiones abordadas por Nietzsche y Freud alrededor del instinto, versa en torno a la situación de este dentro de la cultura, lo cual no sería muy favorable bajo las dos perspectivas. Para nuestros autores, en el momento en que el hombre pasa a formar parte de la sociedad, renuncia a una gran porción de su libertad instintiva con el fin de adaptarse a ese nuevo mundo, hasta el punto de interiorizar sus impulsos. Pero estos luchan siempre por realizarse e intensifican sus fuerzas, sus niveles de excitación, produciendo una cierta frustración como lo señala Freud.

Ante todo, se debe mencionar que de acuerdo a nuestros filósofos, el motor fundamental de la cultura se encuentra representado por una porción de las fuerzas instintivas: en Nietzsche, lo apolíneo; en Freud, los instintos del yo y en cierta medida Eros, quienes habrían forjado la cultura y sus bienes fundamentales. Dionisio y los instintos de Muerte, por el contrario, no colaboran con el progreso cultural, más bien tienden a la destrucción o el desequilibrio de la sociedad y el individuo.

Según el filósofo de Röcken, cada comunidad debió enfrentarse al dolor infligido por la existencia, frente a lo cual el hombre fue impulsado a la creación de un mundo estable y equilibrado donde poder refugiarse e incluso encontrar la belleza, un mundo construido por lo apolíneo: el pensamiento, la objetividad, la moral, lo racional. Para Freud, es a causa del impulso amoroso denominado Eros junto a las necesidades de supervivencia, lo que motivó a los hombres a unirse entre sí y formar la cultura, es decir, todas aquellas instituciones sociales creadas para garantizar el bienestar humano.

5. Ahora, si bien la sociedad parece ser un medio idóneo en el cual refugiarse del sufrimiento y el peligro al cual se estaría expuesto en la naturaleza, Nietzsche y Freud, decepcionados por la cultura y su potencial destructivo, concuerdan que la estancia del animal-hombre en sociedad lo ha convertido en un ser enfermizo y condenado al sufrimiento. En correspondencia con el primero, la cultura aparece como la domesticadora del animal-hombre, su finalidad es la crianza de un ser manso,

civilizado e inteligente, pero débil, dada la pérdida de su verdadero potencial, pues el hombre debió aprender a controlar los impulsos más adversos para la sociedad.

En la medida en que la crueldad y la hostilidad no pudieron realizarse hacia afuera se fueron volviendo hacia dentro, convirtiendo al hombre en un animal enfermizo que se daña a sí mismo por el simple placer del sufrimiento, señala Nietzsche. Mientras que bajo la mirada freudiana, la cultura no ofrece bienestar, más bien reprime la actividad instintiva contraria a sus finalidades (ideales), mediante la imposición de preceptos morales y sociales, de tabúes en contra de la vida sexual, o a través de la interiorización de la agresividad bajo el *Sentimiento culpa*, que lleva al hombre a lastimarse a sí mismo, o provoca la aparición de síntomas y enfermedades psicológicas, debido a la constante presión social.

6. Finalmente podría decirse que en el camino hacia su realización la filosofía vitalista privilegia la exacerbación del instinto, con la cual busca forjar una voluntad de poder gobernada por las fuerzas vitales del cuerpo. En Freud, aquella excitación interna es definida como algo displacentero, pues las acciones que impulsa muchas veces resultan ser impuestas, la elaboración de un trabajo llevado a cabo por el organismo con el objeto de liberar su energía.

En el sistema freudiano, la irritabilidad de la pulsión siempre pasa por una línea entre la conciencia del sujeto y el mundo exterior, que determina en gran medida la forma de realización del instinto. Desde la perspectiva nietzscheana, la irritabilidad del instinto supone un problema cuando una voluntad se encuentra siempre entre lo animal y lo humano, entre los impulsos y su negación (la cultura). Pero él afirma esta irritabilidad del instinto como una potencialidad creadora, una voluntad exacerbada que no puede ni debe negarse a su exteriorización. En Nietzsche se resalta el carácter estético y ético del instinto, en tanto su fuerza puede direccionarse hacia la creación y la valoración de la vida. En otras palabras, aquella tensión se traduce en sufrimiento e incita a vivir.

4.2 – Referencias bibliográficas.

Assoun, P. (1986). *Freud y Nietzsche*. En: Instinto y Pulsión. México: Fondo de cultura económica. S.A

Becerra M. (24/03/2011). *Nietzsche y el automatismo instintivo*. Revista Scielo.
http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-92732011000100005

Deleuze, G. (1971). *Nietzsche y la Filosofía*. En: Activo y Reactivo. Barcelona: Editorial Anagrama.

Darwin, Ch. (1921). *El Origen de las especies*. Tomo II, Capítulo VIII. Madrid.

Fink, E. (1979). *La filosofía de Nietzsche*. En: La voluntad de Poder. Madrid: Alianza Editorial.

Freud, S. (1982). *El malestar en la cultura*. Obras completas. Traducción: Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva. Tomo VIII.

Foucault, M. (2009). *Nietzsche, Freud, Marx*. Traducción Alberto Gonzáles Troyano. Barcelona: Editorial Anagrama S.A.

Freud, S. (1981). *Los instintos y sus destinos*. Obras completas. Traducción: Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S (1984). *Introducción al psicoanálisis*. Obras completas. Traducción: Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva. Tomo 28. pp. 40-54

Freud, S (1984). *Introducción al psicoanálisis*. Obras completas. Traducción: Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva. Tomo 29. pp. 22-70

Jiménez Moreno, L. (1972). *Nietzsche*. Barcelona: Labor. S.A

Laplanche y Pontalis. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.

Nietzsche, F. (1972). *Genealogía de la Moral*. Un escrito polémico. Traducción Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial.

Nietzsche, F (2003). *El nacimiento de la tragedia*. Traducción Andrés Sánchez Pascual. Alianza editorial. S.A Madrid.

Savater, F. (1995) *Idea de Nietzsche*. En: Voluntad de Poder. Barcelona: Editorial Ariel.

Sánchez Izquierdo, A. (1992). *El concepto de Cultura en Nietzsche*. (Tesis de maestría, Universidad Complutense de Madrid). Recuperado de:

<http://webs.ucm.es/BUCM/tesis/19911996/H/2/AH2004101.pdf>. pp. 3-4

Ureña Menéndez, E. (1977). *La teoría de la sociedad de Freud. Represión y Liberación*. Capítulo V. La ambivalencia de la teoría de los instintos. Madrid: Editorial Técnos.